LOS HOMBRES de la historia

84

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Marco Aurelio

Giovanni Ferrara

Centro Editor de América Latina



LOS HOMBRES de la historia 84

De todos los príncipes romanos, Marco Aurelio fue tal vez el más recordado y, por lo menos en las intenciones, imitado por los sucesores, muchos de los cuales asumieron su nombre, así como fue amado y mitizado en el recuerdo de la tradición aristocrática senatorial, agradecida a su dulzura y su benevolencia, al más iluminado de los despotismos.
Marco fue también el último príncipe de ese mundo romano de las guerras afortunadas, del equilibrio, de la cultura y civilización; su vida tiende ya hacia la sombra amenazante de la crisis múltiple de la que, sólo luego de un siglo de vida, fuerte o desesperada, el imperio saldrá transformado en los fundamentos morales, en las estructuras sociales y económicas y en la suprema divinidad protectora.
Filósofo porque era un solitario, este emperador teorizó la soledad y el deber sin recompensa, y puso en el confín real e ideal de la obligación imperial al simple y humano hecho de la muerte. Es posible que la dimensión real de su personalidad surja del hecho que, pese a no valorar como deseable el papel de gobernante, logró mantener unida a tanta gente, tantos intereses discordantes, a la madrastra corte y a la ma[illegible]osofía, el deber para con tod[illegible] súbditos y la diplomacia cotidiana de alto nivel político; supo ser al mismo tiempo potencialmente un dios y todos los días un primero entre sus iguales, entre filósofos no siempre claros, nobles no siempre correctos, oficiales no siempre seguros y sin embargo, todos ellos indispensables; ser emperador pero "no cesarizarse, porque esto puede suceder..."; no temer a la muerte y enfrentarla, pero sin saber lo que sigue luego (¿dispersión, disolución, supervivencia?). Lo cierto es que luego de la muerte, junto al culto oficial de Marco Aurelio Antonino, ya Divus, se tornó pronto común la costumbre de venerar la imagen, el recuerdo y la divinidad en las casas privadas. Testimonio indudablemente sincero de que la obra generosa y realista del emperador de alguna manera había sido entendida. La admiración por el general victorioso y por el hombre de costumbres puras permaneció. Fue ésta, al menos, una compensación póstuma para una vida conducida con tanta fatiga, preocupación y cuidado. Nació en Roma en el 121 d.C. y murió en Viena en el año 180.

Títulos ya publicados

EL SIGLO XX (I):

1. Freud
2. Churchill
3. Picasso
4. Lenin
5. Einstein
6. Juan XXIII
7. Hitler
8. Chaplin
9. Bertolt Brecht
10. F. D. Roosevelt
11. García Lorca
12. Stalin
13. De Gaulle
14. Pavlov
15. Ho Chi Minh
16. Gandhi
17. Bertrand Russell
18. Cronología

EL SIGLO XX (II):

19. Hemingway
20. Camilo Torres
21. Ford
22. Lumumba
23. Eisenstein
24. Mussolini
25. Le Corbusier
26. Los Kennedy
27. Diego Rivera
28. Proust
29. Nasser
30. Franco
31. Sartre
32. Dalí
33. Piaget
34. T. S. Eliot
35. Luchino Visconti

EL SIGLO XIX (I):

36. Hegel
37. Hidalgo
38. Bolívar
39. Delacroix
40. Balzac
41. Artigas
42. Darwin
43. Lincoln
44. Victoria
45. Poe
46. Disraeli
47. Wagner
48. George Sand
49. Juárez
50. Dostoievski
51. San Martín
52. Napoleón
53. Cronología (II)

LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES

54. Hammurabi
55. Akhenaton
56. Moisés
57. Ramsés II
58. Solón
59. Salomón
60. Homero
61. Lao-tse
62. Pitágoras
63. Zoroastro
64. Buda
65. Confucio
66. Cronología (III)
67. Cronología (III) (cont.)

Esta obra ha sido publicada originalmente por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino.
Director editorial: Giorgio Savorelli.
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

84. Marco Aurelio - El mundo grecorromano
Este es el decimoséptimo fascículo del tomo **El mundo grecorromano.**

Ilustraciones del fascículo Nº 84:
R. Dencini: p. 451 (1, 2, 3, 4).
Scala: p. 451 (5); pp. 462-463 (1); p. 466 (1).
Pozzi Bellini: p. 453 (1); p. 465 (1).
Alinari: p. 453 (2); pp. 460-461 (1, 2, 3, 4); p. 465 (2, 3, 4, 5).
L. Perugi: p. 454 (1, 2); pp. 470-471 (1, 2, 3); pp. 474-475 (1, 2).
Malvisi: p. 459 (1); p. 463 (1, 2).

Traducción de Antonio Bonnano

Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S.A. Luca 2241, Buenos Aires en abril de 1977.
Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Capital.
Interior: Ryela S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º, Capital.

Marco Aurelio

Giovanni Ferrara

121 d. C.
Abril: nace en Roma Marco Aurelio (M. Annius Verus), hijo de Marco Annio Vero, miembro de una de las familias romanas más ilustres, y de Domicia Lucila. Llevado a la corte por el abuelo paterno cuando era un niño, despertará el interés del emperador Adriano.

129
M. Aurelio, a la edad de ocho años, entra por voluntad de Adriano en el colegio sacerdotal de los Salios, en el que el muchacho se distingue rápidamente, aprendiendo de memoria todas las oraciones rituales. Adriano lo llama afectuosamente con el sobrenombre de "Verísimo".

138
1º de enero: muere Lucio Ceionio Cómodo, ya elegido por Adriano para la sucesión, y el emperador adopta a Antonino con la condición de que éste, a su vez, adopte a Marco Aurelio, así como al joven hijo de Cómodo, el futuro Lucio Vero.
Julio: muere Adriano y lo sucede Antonino Pío.

139
Marco Aurelio asume el título de César con el nombre de Marco Helio Aurelio Vero.

140
Marco Aurelio cónsul.

145
Marco Aurelio cónsul por segunda vez.

146
Marco Aurelio obtiene la potestad tribunicia y el imperio proconsular.

147
Marco Aurelio es asociado al imperio con el nombre de Marco Helio Aurelio Antonino por Antonino Pío, con cuya hija Faustina se había casado.

161
7 de marzo: muere Antonino Pío: lo sucede Marco Aurelio, quien divide el imperio con su hermano adoptivo Lucio Vero, a quien se le confía la guerra contra los partos que invadieron Siria, Armenia y Capadocia, guiados por el rey Vologese III. Vero sufre una derrota en Antioquía, pero sus generales Estacio Prisco y Avidio Casio conquistan y destruyen Artaxata (163), Seleucia (164) y Ctesifonte (165).

162
Las tropas imperiales deben hacer frente a una revolución en Britania.

165
Se concluye victoriosamente la guerra contra los partos. En el trono de Armenia, Roma coloca a uno de los suyos; Osroene es anexada a Capadocia, y Carre se convierte en colonia romana; parte de la Mesopotamia pasa a ser provincia.

166
Marco Aurelio y Lucio Vero celebran el triunfo en Roma. Desde Oriente, tal vez traída por las tropas de Vero, se difunde en todo el mundo romano una terrible peste, que diezma las poblaciones.

166-167
Tribus germánicas, especialmente cuados y marcomanos, traspasan la línea defensiva del Danubio y penetran, a través de los Alpes, en el Véneto, destruyendo Oderzo y asediando Aquileya. Constituídas nuevas legiones (el emperador se ve obligado a rematar parte del tesoro imperial), los germanos son reprimidos y derrotados en Panonia, Recia y Nórico.

169
Muere Lucio Vero; ahora como único emperador, Marco Aurelio continúa la guerra contra los germanos, estableciendo el campamento en Carnunto.

170-171
Victoria sobre los cuados.

172
Vencidos los marcomanos, no obstante la derrota de Macrinio Vindice; también los mauros son reprimidos en España.

173
Establecido el campamento en Sirmio, Marco Aurelio prosigue la campaña contra los marcomanos.

175
Se llega a la paz con los marcomanos para poder enfrentar al usurpador Avidio Casio en Oriente, a quien se mata.

176
Durante el viaje de Marco Aurelio a Oriente para reordenar el imperio luego de la usurpación de Avidio, muere su esposa, Faustina. Vuelto a Roma, Marco Aurelio celebra el triunfo sobre los germanos y el año siguiente une al imperio al hijo Cómodo.

177
Los marcomanos retoman las hostilidades; la guerra se torna más difícil por el acrecentamiento de la peste.

180
Marco Aurelio, atacado por la peste, muere, casi seguramente cerca de Vindobona (Viena).

El siglo de oro de los Antoninos

"En las esculturas que lo representan, así como en sus escritos, Marco Aurelio expresa en forma magnífica la fuerza y, al mismo tiempo, el fracaso fundamental de la estructura clásica. Uno de los mejores retratos de este emperador es el bronce ecuestre que domina la serena plaza del Capitolio en Roma. Con la cabeza descubierta, barbado, Marco Aurelio mira hacia abajo, hacia la derecha, con expresión cansada, benévola; el escultor ha hecho de él no a un individuo de carne y de sangre, sino un símbolo, y el significado del símbolo no es del todo claro..." (Ch. G. Starr). Una contradicción, un símbolo difícil de descifrar, tal vez ambiguo en sí mismo —no sólo para nosotros, hombres modernos—: ésta es la imagen más familiar de Marco Aurelio, y en cierto aspecto, justa. Con Adriano, es el más interesante de los emperadores "adoptivos" y "filósofos" del Gran Siglo. Este siglo se había iniciado en la sangre del último de los Flavios, Domiciano, y se cierra con la guerra civil que siguiera al asesinato del último de los Antoninos, Cómodo, hijo de Marco, guerra de la que emergerá, atormentada, la original dinastía de los Severos, que abre la gran crisis del siglo III. Interesante justamente por las contradicciones internas que lo distinguían y por las contradicciones de su época, que en él se reflejaban y a las que él testimoniaba: cansado y benévolo pero también, obviamente, "emperador", es decir, déspota y soberano, superior a todo y a todos, salvo la voluntad de los dioses, la Madre Naturaleza, por él mismo buscada y cada día hallada, gracias al largo, paciente, consciente y educado esfuerzo.

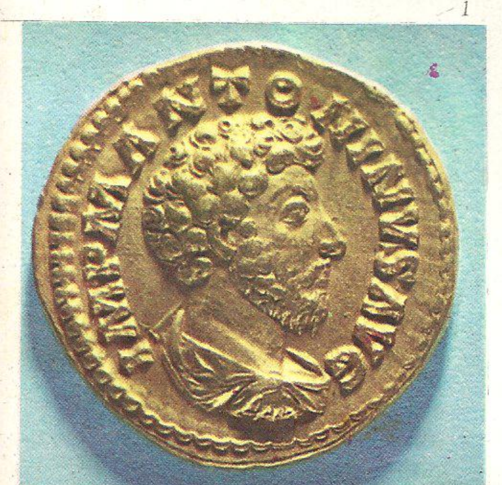
Pensándolo bien, resulta significativo que de las imágenes de emperadores que poblaban la antigua Roma y que se hallaban por doquier para recordar a la posterioridad la grandeza de un dominio incomparablemente grande y eterno de por sí, solamente una se haya conservado, y sola domine desde el siglo XVI (por arte de Miguel Angel) la colina sagrada de la Tríade Capitolina (y hoy también en la Administración Cívica de Roma, capital de Italia), inminente sobre su antigua ciudad: la imagen de Marco Aurelio que largos años debió vivir lejos de su ciudad. En cierto sentido, bien se merece él esta suerte, ya que mejor que ninguno de sus antecesores y sus sucesores teorizó el deber social y sociable del príncipe y tuvo en el centro de su pensamiento la idea de la "ciudad" como símbolo del mundo; la ciudad terrena y también su proyección simbólica, la ciudad cósmica:

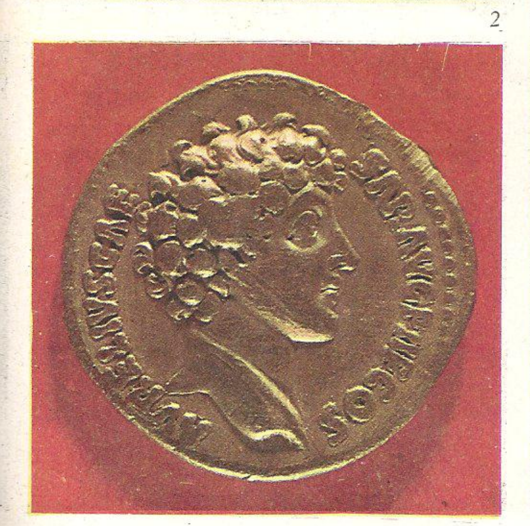
"Hombre, tú eras un ciudadano de esta gran ciudad; ¿qué te importa, si por cinco o por tres años? Lo que depende de las leyes es igual para todos. ¿Qué hay de extraño si ahora eres expulsado de la ciudad, no por un tirano o por un juez injusto, sino por aquella Naturaleza que te había traído? Es como si el director que lo ha tomado, despide a un actor: "¡No he recitado los cinco actos, sino solo tres!". Justamente; en la vida, tres actos son todo el drama. El fin lo fija aquel mismo que ha formado tu ser y que ahora lo disuelve; tú no eres responsable ni de una cosa ni de la otra".

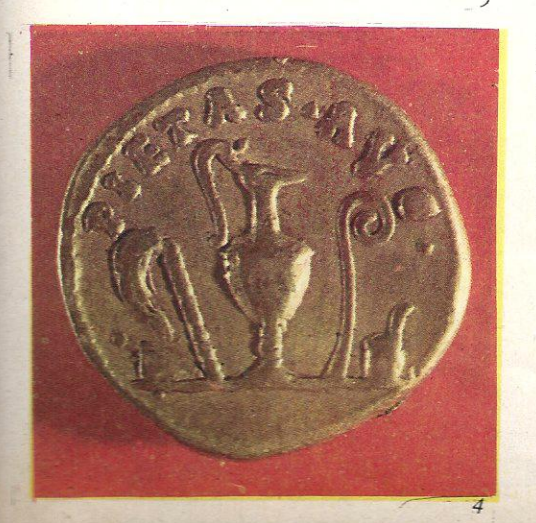
"Por lo tanto, parte sereno; también aquel que te libera está sereno al liberarte" (*Ric.*, XII, 36). Por otra parte, Marco Aurelio fue también, de todos los príncipes romanos, tal vez el más recordado y, por lo menos en las intenciones, imitado por los sucesores, muchos de los cuales asumieron su nombre (de Septimio Severo a Diocleciano), así como fue amado y mitizado en el recuerdo de la tradición aristocrática senatorial, agradecida a su dulzura y su benevolencia, al más iluminado de los despotismos. Y sus propias razones tuvo para recordarlo y amarlo en el recuerdo, dos siglos después, aquel Juliano que en el breve y dramático ciclo de su dominio encarnó en sí mismo la radical contradicción de su época: cultura e imperio pagano, cultura e imperio cristiano. En una de sus obras más singulares Juliano, llamado luego el "Apóstata", en forma de broma, pero de broma bastante seria, introduce un juicio ante los dioses, en el cual están encausados algunos grandes emperadores romanos (a los que se agregó el lejano modelo, Alejandro); César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio y Constantino, al que naturalmente se le reservan, como al cristianismo, no más bromas sino críticas y ofensas mortales. "Cuando llegó el turno de Marco Aurelio, Sileno le dijo a media voz a Dionisio: 'Escuchemos a este estoico; sólo el cielo sabe qué extravagante y bizarra profesión de fe está por hacer'. Pero aquél, con los ojos fijos en Zeus y en los otros dioses: 'En cuanto a mí —dijo— Zeus y vosotros dioses, no tengo necesidad de discursos y de disputas. Si vosotros ignoraseis mis acciones, debería hacérselas conocer; pero como las conocéis, y no se os escapa absolutamente ninguna, sólo a vosotros corresponde reconocer mis méritos'. Y así se pudo notar que Marco Aurelio no sólo era admirable en todo, sino también de una sabiduría poco común al haber sabido, creo, no sin agudeza *'hablar cuando es necesario y callar cuando es oportuno'* ". Luego de esta primera aparición, en la que todo el orgullo y al mismo tiempo la sabiduría del mítico Marco están confiados a la discreción, hay otra escena del juicio, en la que, interrogado por los dioses, Marco debe hablar. "'Ve a hacerte bendecir, dijo Dionisio a Sileno, tú no haces más que burlarte de estos emperadores, impidiéndoles que defiendan su propia causa. Sé muy bien que han dado motivos a tus sarcasmos, pero ahora veamos cómo te las compones para oponerte a Marco. Aquel me parece justamente, como dice Simónides, *entero, hecho sin mácula*'. Entonces Ermete, dirigiéndose a Marco, le dijo: '¿Y tú, Vero, cuál ha sido, en substancia, la meta de tu vida?'. Y Vero respondió, con dulzura y modestia: 'Imitar a los dioses'. Inmediatamente se juzgó que una respuesta tal no sólo era noble, sino que además reunía todos los méritos. El mismo Ermete no deseaba continuar el interrogatorio, convencido de que las otras respuestas de Marco habrían sido justas, y todos los dioses estaban de acuerdo. Pero Sileno: 'Por Dionisio, dijo, no deseo que se marche así este sofista. ¿Por qué, entonces, tú no comías y bebías, como nosotros, ambrosía y néctar, sino pan y vino?'. 'Es cierto, respondió Marco, yo realmente no pensaba imitar a los dioses en el modo de comer y beber; pero nutría mi cuerpo pensando, tal vez erróneamente, que vuestros cuerpos necesitaban ser nutridos con el humo de los sacrificios. De todos modos, no era en este campo donde yo creía que debía imitarse, sino en el campo intelectual'. Sileno vaciló un poco ante este golpe tan bien asestado, y luego continuó: 'Esa es una respuesta que me parece no carece de sentido. Pero en sustancia, ¿qué era, según tú, imitar a los dioses?'.

Entonces Marco dijo: 'Limitar al máximo mis necesidades, y hacer todo el bien posible'. 'Quieres decir, entonces —dijo Sileno— que tú no necesitabas nada?'. 'Yo no, respondió Marco, pero tal vez mi mezquino cuerpo tenía alguna necesidad'. Frente a la aprobación que mereció esta respuesta, Sileno se mostró embarazado, y se dirigió a la conducta, aparentemente errada e irrazonable, de Marco con respecto a su mujer y a su hijo: a este último le dejó el imperio, a la primera, la inscribió entre las heroínas. También en esto, dijo Marco, no hice más que imitar a los dioses. Por un lado, seguí dócilmente a Homero, en lo que respecta a la esposa cuando dice: *todo hombre noble y prudente ama a la suya y la protege*. Por otra parte, en lo que respecta a mi hijo, me remito al mismo Zeus, quien encolerizado con Ares, le dijo a éste: *Hace mucho tiempo que te habría fulminado, si no te amara porque eres mi hijo*. Además, ciertamente no creía que mi hijo se tornaría un ser tan malo. Es cierto que en él la juventud, que sufre fuertes impulsos hacia una parte o la otra, se dejó arrastrar hacia el mal, pero yo no dejé el reino a un malvado. Sólo ocurrió que aquel que llegó al imperio se convirtió en un malvado... Nuestros hijos, en realidad, reciben normalmente nuestra herencia, y no hay nadie que no lo desee. En cuanto a mi esposa, lejos de ser el primero en rendirle estos honores, no hice más que seguir en ello a otros muchos príncipes. Puede ser que el tomar una iniciativa tal no sea laudable, pero privar a los propios parientes de lo que tantos otros han obtenido, roza la injusticia. Olvidaba, sin


1


2


3


4

5

1-4. Monedas de oro del reino de Marco Aurelio, Medallero del Castillo Sforzesco

5. Busto de Antonino Pío. Siglo II d.C. Roma, Museo Nacional romano

embargo, que estoy defendiendo mi causa en forma demasiado extensa frente a un auditorio plenamente iluminado, oh Zeus y vosotros dioses. Espero que vosotros, a pesar de mi osadía, conservéis vuestra indulgencia para conmigo' ".

Esta página de Juliano merece ser considerada ya que es el testimonio directo de que los *Recuerdos* de Marco debían serles muy familiares al filósofo restaurador de la cultura y la fe tradicional; en efecto, no sólo ha captado en brevísimo espacio el núcleo filosófico-religioso de las reflexiones de Marco, sino que además captó el espíritu, el estilo, el carácter humano y moral. Y para nosotros resulta interesante tomar la justificación, no se sabe bien hasta qué punto verdaderamente convencido, que Juliano ofrece de la más grave "culpa" histórica de Marco: el haber abandonado el método de adopción, dejándole el imperio a aquel Cómodo que retomó asaz crudamente, a los ojos de la aristocracia senatorial, la tiránica, alocada y dispendiosa tradición de los Calígula, Nerón, Domiciano, cerrando el siglo de oro de los Antoninos.

Las virtudes "filosóficas" de Antonino Pío

"Marco Antonio, que durante toda su vida filosofó, y que por la santidad de la vida superó todos los principios...", así comienza la *Vida de Marco Antonino filósofo* en los *Scriptores Historiae Augustae*, cuyo testimonio es para nosotros, lamentablemente de fundamental importancia para la vida de Marco; lamentablemente, considerando el carácter equívoco, seudobiográfico y seudohistórico, y a menudo también seudodocumental, que presenta esta Vida, similar en ello (si bien no peor) a las otras colecciones, cuyo interés ideológico está aquí fuera de discusión. De todos modos, la frase inicial describe exactamente al personaje y a su fama. Durante toda la vida filosofó, y con ello no hizo más que llevar a término y a la perfección la tradición del principado en su siglo; porque si bien Adriano y Antonino Pío no fueron como él "filósofos" militantes (Adriano, de todos modos, más que Antonino), fueron evidentemente hombres de gran cultura y óptimos protectores de la cultura —es decir, en primer lugar, competitivas y complementarias, de la oratoria y filosofía—; el segundo de ellos, luego, practicante de virtudes filosóficas en grado máximo, aquellas por las cuales Marco lo recuerda muchas veces, agradecido, en su libro. Especialmente es 1, 16, un Pensamiento lamentablemente algo maltratado por la deteriorada tradición manuscrita de la obra: "De mi padre: la mansedumbre y la firmeza inmutable en las decisiones maduradas; la indiferencia por la hueca gloria de los honores aparentes; el amor por el trabajo y la perseverancia; la disposición para escuchar al que dice algo útil para el bien público; la capacidad para distinguir entre la oportunidad del esfuerzo y del reposo; la sociabilidad... la costumbre de tratar los asuntos en el consejo y no dejar nunca sin terminar una investigación teniendo en cuenta las primeras apariencias; ...el arte de bastarse a sí mismo y la serenidad; el estudio de prever anticipadamente y regular preventivamente los más pequeños detalles de los asuntos sin darse aires teatrales... La vigilancia incesante de todos los intereses del imperio... en cuanto a los dioses, ningún temor supersticioso; en cuanto a los hombres, alguna bajeza para obtener popularidad... el uso de las comodidades de la vida —de las que la fortuna lo había colmado— sin vanidad ni falsos pretextos, gozándolas simplemente, al tenerlas en las manos, pero sin sentir la necesidad si faltan... y además, los cuidados de quien circundaba a los verdaderos cultores de la filosofía; en cuanto a los otros, sin despreciarlos, no se dejaba seducir... su absoluta falta de envidia en cuanto a los hombres que hubieran adquirido alguna capacidad, por ejemplo, la elocuencia, el derecho, el conocimiento de las costumbres u otra ciencia... casi no tenía secretos, salvo, de tanto en tanto en cuestiones de estado; ...jamás se lo vio intratable, o ceñudo, o violento... pero sus planes estaban siempre calculados al detalle, con calma, sin apuro o desorden, limpiamente concebidos, bien concertados... su fuerza, en fin, y su resistencia, y la temperancia en todos los casos, propios de un hombre que tenía un alma bien equilibrada e invencible, como lo demostró, por otra parte, durante la enfermedad de la que murió".

Tales las virtudes "filosóficas" —es decir, humanas, morales, religiosas, políticas, sociales— de Antonino Pío. A su corte, Marco había sido llevado cuando era muy joven, para que se le educara y preparara para sucederlo un día en el imperio, según la voluntad del moribundo Adriano, que había adoptado justamente a Antonino con la condición de que él, a su vez, adoptara al joven Marco Annio Vero, junto al niño Lucio Ceionio Cómodo, hijo del muerto L. Helio César (y entonces el joven Marco cambió su nombre, convirtiéndose en Marco Helio Aurelio Antonino).

El viejo Adriano había puesto sus ojos en él desde hacía mucho tiempo, y había deseado honrarlo particularmente, haciéndolo ingresar a los ocho años en el colegio sacerdotal de los Salios (donde el niño se distinguió de inmediato, ya que aprendió de memoria todas las plegarias rituales), y llamándolo, con su modo amable y agudo de broma, de Vero; *Verísimo*.

Marco, en el momento en que salía de la vida privada para entrar como designado por la voluntad del déspota genial en el esquema de la sucesión imperial, cuando llegara el momento, tenía diecisiete años; había nacido en abril de 121, en una de las más ilustres familias romanas. La genealogía de los grupos aristocráticos dominantes en Roma ya para esta época era bastante complicada; los vínculos familiares han creado una prieta red de relaciones de alto valor social, político, económico. Una verdadera aristocracia de la sangre y del dinero, que sabe jugar un gran papel en la vida de la cultura, de la administración, del ejército, y cuyos orígenes son casi siempre provinciales, pero el espíritu de romanidad que la distingue está magníficamente fundida con la conciencia cosmopolita del más grande y complejo imperio que jamás se haya visto. La misma controla el principado y la corte, y le transmite su solidez conservadora. De ello, más que de la feliz coincidencia de un equilibrio económico y político interno y externo al menos aparentemente sólido, aquel período feliz que va de Trajano a Marco Aurelio, con sus guerras afortunadas, sus logros territoriales y aún más su paz, el expandirse en todo el gran espacio imperial de aquella cultura y modo de vida grecorromana que caracteriza la más alta civilización urbana gozada por el mundo occidental antes del renacimiento europeo.

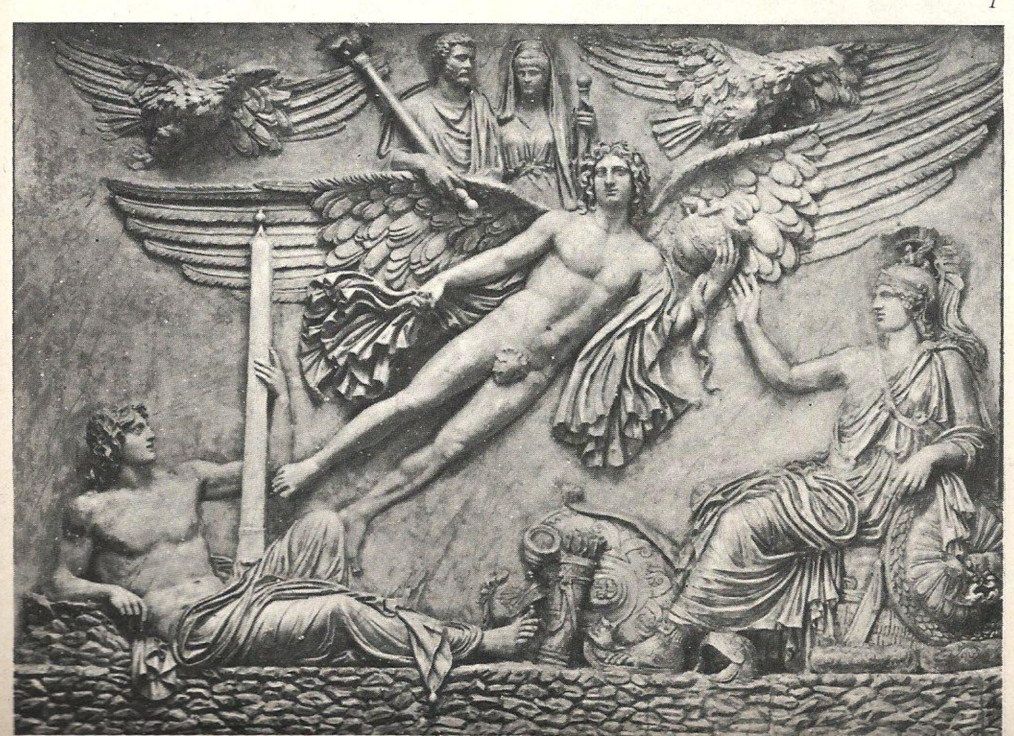
Pero de este mundo y de esta paz, de estas guerras afortunadas, de este equilibrio y cultura y civilización, Marco fue el último príncipe, y su vida tiende ya hacia la sombra amenazante de la crisis múltiple de la que, sólo luego de un siglo de vida, fuerte o desesperada, el imperio saldrá transformado en los fundamentos morales, en las estructuras sociales y económicas, y, en fin, en la suprema divinidad protectora.

Afirmar que el reino de Marco representa de por sí el verdadero inicio de la crisis es imprudente y tal vez incorrecto. El reino de Marco vio en realidad una crisis bastante grave, de múltiples aspectos. Uno de los elementos de esta crisis, por otra parte, no el menor y tal vez el mayor, la peste, no fue imputable a factores históricamente individualizables. Pestes, inundaciones, terremotos y catástrofes similares, aún hoy nos parecen muy difícilmente "historizables", salvo en sus premisas sumamente generales y lejanas: condiciones higiénicas y de vida, costumbres edilicias, previsión de obras públicas. En todo caso la independencia de la variable natural es tan grande que, justamente, aún hoy se habla de "suerte". Sin embargo al morir, el emperador Marco dejó al hijo heredero Cómodo un Estado bien sólido y en funcionamiento, una situación general que, si no próspera, al menos era más que favorable a una eficaz obra de gobierno que prosiguiera la tradición antonina. Y si con Cómodo la crisis comenzó a madurar en sus aspectos irreversibles, y en primer lugar en el campo económico, bastante razón tenía el pobre Marco ante los dioses de Juliano al declararse no responsable de la incapacidad del hijo. (Por otra parte, la historiografía moderna también ha cum-

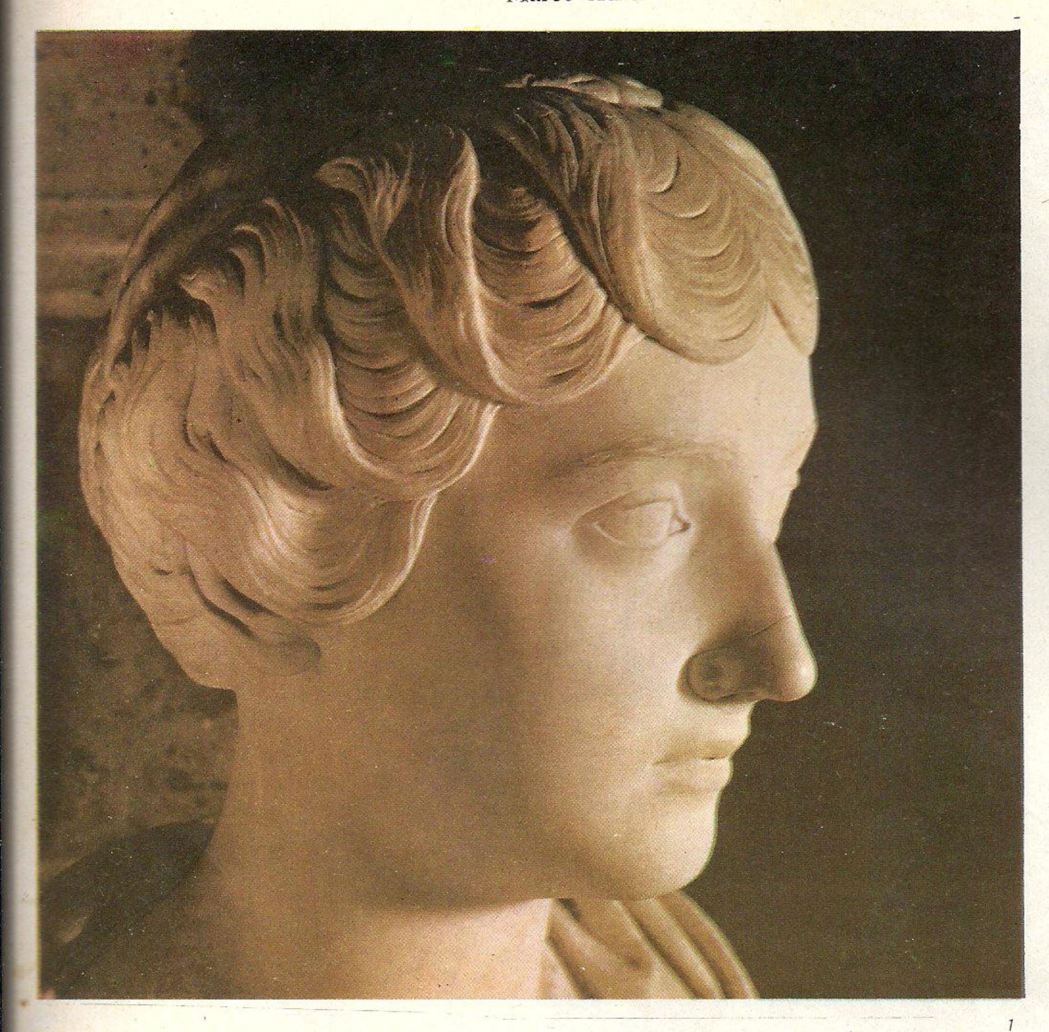
1. El templo de Antonino y Faustina en el Foro Romano

2. Apoteósis de Antonino Pío y de Faustina. Relieve de la base de la columna erigida por Marco Aurelio y Lucio Vero en honor a Antonino Pío. Ciudad del Vaticano, Palacios Vaticanos, patio de la Pigna

1



2



1

1. Faustina la menor, esposa de Marco Aurelio. Roma, Museo Capitolino

2. Estatua de Marco Aurelio, Roma, Museo Capitolino

plido sus revisiones en cuanto a la figura de Cómodo, como con todos los personajes imperiales tiránicos, más o menos locos, o enloquecidos, pero extrañamente iluminados, en ciertos aspectos, por una luz democrática y pacifista, y cuyo elogio, por lo tanto, no es difícil de hallar, especialmente entre los pueblos provinciales y humildes.) Pero no parece posible aquí ofrecer siquiera un bosquejo de las condiciones concretas del imperio en la época de Marco. Antes bien, trataremos de entender el paso de Marco por este mundo, cuál era su visión, qué cosas debía hacer y cuáles realmente hizo.

La figura del príncipe

Aquella laboriosidad, aquella ética del compromiso concreto que hemos visto recordadas por Marco como la enseñanza fundamental que le dejara Antonino Pío, no era un lujo moral, una noble extravagancia. Todos los príncipes romanos habían (o habrían) debido dedicar grandes energías, tiempo y tensión a la obra de gobierno: ésta era la obvia, gran herencia de Augusto. La obra del príncipe no era ni podía ser la de un puro aprovechador del poder como privilegio y como ocasión de tranquilidad y de goce. El príncipe era antes que nada el jefe de una vasta y complicada administración, el vértice de la justicia y el que debía tomar —y a menudo actuar personalmente— las grandes decisiones estratégicas y diplomáticas. Sobre él gravaba, en último análisis, directa o indirectamente, el peso del gobierno; y su personalidad no podía dejar de tener gran influencia sobre la naturaleza del gobierno mismo. De ello deriva que ni siquiera hoy carezca de fundamento, antes bien está mejor fundamentada, la concepción de la historia imperial romana como sucesión de emperadores, que se remonta a la más antigua tradición y parece escolásticamente inamovible (sólo la polvareda del imperio, usurpaciones y conquistas del siglo III escapa en parte a esta metodización). La indagación historiográfica ha clarificado ampliamente qué parte tenía en el gobierno del imperio la amplísima clase dirigente civil, militar, administrativa, que ya en la época de Augusto había comenzado a perfilarse como realidad dotada de iniciativa, y si no de autonomía, de responsabilidad duradera y relevante. Del primero al segundo siglo, se forma lentamente, no sin sacudidas y a menudo directamente a través de crisis graves, un aparato estatal propiamente dicho en el cual las jerarquías y distinciones sociales romanas tradicionales y las nuevas hallaban ubicación en tradicionales y nuevas funciones de gobierno. Ningún emperador, en este sentido, fue jamás un déspota incontrolado, y cuando lo fue, las reacciones provocadas por su posición generalmente se volvieron en su contra. En todos los casos, el imperio, las provincias, los estados sometidos, jamás fueron abandonados a sí mismos. Si el príncipe colaboraba (en posición preminente o absolutamente dominante) con la estructura administrativa civil y militar que de él dependía o que a él estaba subordinada, se verificaba la situación "ideal" del compromiso: "monarca" y "república" en cooperación; si en cambio el príncipe se abandonaba a la extravagancia de un poder demasiado individualísticamente entendido y la crisis estallaba, también en este caso al menos las estructuras esenciales de la administración lograban funcionar por cuenta suya, asegurando vida económica, justicia, diplomacia, defensa. Naturalmente, era en especial la administración la que podía resentirse duramente tanto tiempo por la falta de una dirección constante y empeñosa como por el arbitrio del déspota, reavivado de tanto en tanto, o bien por las persecuciones desatadas en nombre de este o aquel partido o por las intrigas de la corte realizadas contra los máximos dirigentes (por ejemplo, prefectos del pretorio). Y como en la administración estaban ocupados a menudo los elementos más activos y capaces de las dos órdenes mayores —ecuestre y senatorial— y mediante la carrera ecuestre muchos individuos que, provenientes de los estratos inferiores, representaban fuerzas frescas de ambición y energía, el peso de la contrarreacción de la administración al arbitrio del príncipe representó siempre un elemento no indi-

ferente en la desgracia final en la que regularmente caía el tirano.

La estructura permanente del Estado romano imperial, que representaba en realidad el factor más vistosamente nuevo respecto al Estado republicano antiguo, en el cual prácticamente no existía burocracia ni carrera administrativa que no fuera directamente política (aún cuando no debemos subestimar el hecho de que la grandeza lograda y mantenida por la República se debió en gran parte a la multitud de magistrados no gloriosos que ejercieron sabia y hábilmente sus deberes anuales en las finanzas, en la justicia, en la diplomacia, etcétera), aquella estructura que justamente con Adriano alcanza su apogeo, si no de plenitud material ciertamente de conciencia y de valor cualitativo, es entonces si no protagonista al menos relevante en la vicisitud histórica del Imperio. Sin embargo, como decíamos, la persona del príncipe, por su excepcional e indiscutible condición en lo jurídico, lo moral, lo político y, en fin, también en lo religioso, si se la desea encuadrar, coordinar y unir con la estructura compleja y variada de la administración y de la sociedad, queda parcialmente fuera, con su margen de significado histórico inamovible e irreducible.

Tres príncipes como Adriano, Antonino y Marco, pueden decirse fundamentalmente iguales en cuanto a poderes *de iure* y *de facto*, y fundamentalmente el mismo es el rol que se les reconociera a los mismos en la conducción del estado romano por la clase dirigente senatorial y ecuestre. Sin embargo, cada uno de ellos posee su fisonomía particular, tanto que al primero se le adjudicaron no pocos odios y extravagancias (tales parecían en su época), de manera que Adriano, tal vez el más genial y el que jugó seguramente un rol más decisivo en la historia del imperio en el siglo II, no logró indiscutida fama de "príncipe excelente". Antonino, luego, justamente por sus características personales, logró ejercer su rol en las condiciones generales de la época con tal perfección, si así puede decirse, que fue amado sin pasión por la posteridad; tan bien conceptuado estuvo su principado que se ganó la calificación, aún hoy vigente en la historiografía, de "principado de la administración ordinaria".

No hay duda de que a partir de la época de Trajano, y en general durante el siglo II, madura un ideal del principado según el cual la figura perfecta del príncipe es la de un monarca cuyas virtudes y capacidades coinciden perfectamente con las de la clase dirigente, de la que él debe ser a la vez la expresión simbólicamente sublime, la personificación semidivina y el jefe concreto, sobre el que recaen las responsabilidades últimas y la obligación de la iniciativa decisiva. Equivalencia, entonces y excepcionalidad de la figura del príncipe en relación con el orden senatorial y el orden ecuestre, estos dos cada vez más igualados



en la dignidad de clase dirigente si no de clase privilegiada y aristocrática.

Concretamente, en el ámbito de esta clase dirigente, en el aristocrático grupo senatorial, se constituyó en el siglo II, de hecho, una restringida oligarquía que fue además la cuenca de recolección en la que se forma el filón de la "dinastía" imperial. Estos son los más ricos e influentes grupos senatoriales, de los que emergen altísimos oficiales y personajes consulares particularmente significativos. En efecto, ya hemos visto como Adriano, Antonino, Marco, Vero y Cómodo son un grupo que puede considerarse tanto en sucesión como contemporáneamente, ya que en las decisiones de Adriano está comprendida y determinada toda la historia dinástica del siglo II. Tal vez no sea así el último de ellos, ya que el principado de Cómodo es iniciativa personal de Marco; pero en realidad no podemos afirmar que en las ideas de Adriano estuviera excluida apriorísticamente la sucesión en línea sanguínea. La adopción como principio sucesorio había sido teorizada y luego lo fue más, pero no como tal sino como instrumento de elección del "mejor" sucesor; y no se podía excluir que el hijo fuera "el mejor". De hecho, una sucesión como la de Marco a Cómodo pudo en el momento parecer perfecta y, desde muchos puntos de vista, en efecto, era la única posible. No se debe olvidar que el requisito preliminar para una buena sucesión imperial era su tranquilidad, que no hubiera competidores posibles ¿y quién podía competir, realmente, con el hijo del príncipe más amado por los ejércitos, por el senado, por la administración, por todos?

Pero este ideal del principado, formado en el siglo II, por un complejo de circunstancias entre las que evidentemente no era la menos importante el carácter de los príncipes que se expresaron en el mismo, como Trajano primero y Adriano luego, implicaba justamente aquella ética de la laboriosidad, del compromiso, de la dedicación a la propia tarea que, como hemos visto, caracterizó a Antonino (y antes a Adriano) y que Marco recuerda haber heredado de Antonino en todas sus formas y detalles. Y ello se pudo percibir justamente después de la muerte de Marco, cuando Cómodo creyó posible interpretar la posición del príncipe como la de un privilegiado, un ser práctico y aún teóricamente sobrehumano, cuya tarea no es gobernar sino gozar su estado, ejerciendo a lo sumo la función de suprema representatividad y prestigio ante los hombres y los dioses. Se demostró entonces que sin la tarea continuada, aún pesada, del príncipe, la administración podía degenerar. La indiferencia del príncipe, su dejar hacer a los grandes dignatarios, los grandes oficiales, los "grandes comisionados", podía parecer una alternativa posible al concepto del principado de Antonino (que además, en esto, no era diferente del augusteo), pero era, en efecto, su negación.

En la estructura del imperio y de la sociedad romana del siglo II no había alternativa real a la tarea del príncipe, como con diversidad de personas y de estilo lo entendieron fundamentalmente igual Adriano, Antonino y Marco Aurelio. Un Lucio Vero también podía ser útil, pero junto a Marco; un Cómodo llevó a la crisis decisiva cuando fue abandonado a sí mismo. Era, en realidad, una escuela dura aquella a la que debían someterse los príncipes, y a la que debían permanecer fieles durante toda la vida, ya fuera tranquila o atormentada.

Pero restaba un dato: que la figura del príncipe no podría entonces, como no pudo jamás, resolverse del todo en la de primer funcionario, primer senador, primer general. En realidad, la marca de la excepcionalidad, la idea de un primado único y particular, fundado diversamente, y de mayor jerarquía que los máximos dignatarios, nobles, funcionarios, siguió siendo característica del "príncipe", que en este sentido era —¡y lo era desde Augusto!— un elemento *único*, realmente "absoluto", en el sentido primigenio y completo de la palabra. En lo que se originaba un sobrecarga de responsabilidad sobre el individuo, que por otra parte seguía siendo un hombre. Aún cuando su tarea podía ser en cierto sentido facilitada, y de algún modo posibilitada justamente por el crédito de "sobrehumanidad" que en todas partes (y no sólo oficialmente y verbalmente) se le reconocía, ya que del mismo derivaba un enorme poder de decisión y un excepcional prestigio que funcionaba apriorísticamente, en especial entre las masas de los súbditos y los lejanos ciudadanos del Imperio. Si entonces el ser príncipe, esencialmente supremo administrador y general, es decir gobernante, lo ponía en el vértice de la pirámide estatal y social, y por lo tanto lo integraba con la misma, por otra parte, al ser el príncipe la encarnación de la voluntad misma del universal pueblo romano, punto de referencia único y dominante —directamente "absoluto"—, lo ponía fuera de todo contexto social y estructural, y hacía de él el individuo-principio, el hombre regio, el rey-ley, la ley encarnada. Es decir, también hacía prescindir (y no se puede) del carácter religioso del príncipe, de su ser en algún modo partícipe de la divinidad (que es otro asunto). Sobre esto, el pensamiento griego, al menos de Platón, había dicho palabras definitivas, y no por nada fueron los intelectuales griegos los más explícitos y conscientes teóricos del principado romano como monarquía ideal. Si fuera lícito abandonarse a tales secuelas simplificatorias, podríamos decir que de esta suprema y al mismo tiempo equívoca posición, Adriano fue el primer intérprete dramático, Antonino el equilibrado posesor, Marco el desencantado maestro. Y si luego se nos concediera el lujo de un triadismo sin pretensiones conceptuales, podríamos decir que Adriano representó, de esta posición, la soledad deseada y vivida en el riesgo y en la rabia primigenia; Antonino la intimidad de una soledad tranquila que es pacífica convivencia; Marco la encontrada, resignada y al mismo tiempo desesperada angustia de una soledad sin salvación, sublime y, en fin, divina y mortal. En realidad, es un dato de hecho que si los tres emperadores fueron solitarios y filósofos, sólo Marco, por lo que sabemos y leemos de él mismo, fue filósofo porque era un solitario; teorizó la soledad y el deber, sin recompensa, y puso en el confín real e ideal de la obligación imperial al simple y humano hecho de la muerte.

El emperador filósofo

Un clásico problema es si, y cómo, el "emperador" y el "filósofo" se encuentran, se concilian, se influencian y se funden en Marco. Práctica y concretamente, para nosotros ello significa en qué medida en su libro de apuntes, célebre con el título impreciso de *Recuerdos*, o *A sí mismo*, o *Meditaciones*, o *Pensamientos*, se percibe la huella precisa de la "profesión" de su autor, se descubre al ser político que era Marco; y en qué medida, en la política de Marco, se hallan "aplicados" los principios de su filosofía.

Problema que inmediatamente después de planteado parece abstracto, puesto que en todo caso ni Marco intentó, con sus *Recuerdos*, hacer política, ni su vida pudo ser del todo filosófica. El singular parangón, instituido y no por historiadores poco importantes, entre las *Res Gestae* de Augusto y los *Recuerdos*, para demostrar cómo en las primeras se expresa una clara y alta voluntad política, una evidente conciencia de fuerza, y en los segundos el sentimiento solitario de la aventura humana, el fin de toda posibilidad de huir de sí, el decadente desaliento frente a la posibilidad de dejar un mensaje intrépidamente "político", es justamente singular y demuestra muy poco sentido. Augusto debía fundar una tradición de gobierno; Marco no, sólo debía cumplir principios políticos, éticos, administrativos, bien consolidados, en el ámbito de un "imperio" del que se sabía bien, o se creía saber bien, cómo era. El mensaje político de Marco no tenía ninguna necesidad de traducirse en un documento ambiguo, esfumado, orgulloso y realmente hipócritamente magistral, como las *Res Gestae*, Los provinciales de Asia, África o Galia no tenían necesidad ahora, como lo habían tenido en la época de Augusto, de ser instruidos acerca de la "verdadera historia" de un hombre que había alcanzado la gloria de supremo custodio de la paz y de la prosperidad luego de haber sido protagonista de una triste, larga e inaudita tragedia civil. Ciertamente, también Marco habría podido, como Augusto, dejar recuerdo de

sí en *Res Gestae;* y en cierto modo lo ha hecho, porque sus *Res Gestae* están representadas en la Columna Antonina, realizada en la época de Cómodo, pero concebida en la época de Marco. Y en la Columna Antonina no se puede decir que falte el orgullo del gran emperador, la indicación de una tradición de guerra y de paz continuada por Marco mismo (siguiendo la de Trajano) y por él dejada, como recuerdo y eventual ejemplo a la posteridad. El parangón entre Augusto y Marco, si debe hacerse, entonces, está hecho entre *Res Gestae* y Columna Antonina. Y si en cambio se desea hacer una comparación augustea con los *Recuerdos,* entonces se deberá evocar, por ejemplo, el espíritu de la anécdota referida por Suetonio, de Augusto a punto de morir que pregunta a los amigos "si había recitado bien la comedia de la vida". En realidad, justamente Augusto, también él discípulo y amigo de filósofos (aún cuando vivió en otro clima, con una juventud muy diferente a la de Marco) es un modelo bastante adecuado para Marco. El mismo esforzado sentido del deber de gobierno, la misma, diríamos, separación íntima, como si la vida fuera un drama tan angustiante que no se puede tolerar a menos que a veces se la ironice, sin sentirla filosóficamente. Pero la tragedia que Augusto había vivido personalmente, el cruel muchacho que había sido en épocas atroces, era bien diferente de la tensión que difíciles problemas de gobierno y de guerra impusieron a Marco. A Augusto le corresponde, en todo caso, la inevitable y sombría superioridad del que ha comenzado, y que para comenzar ha debido destruir. Augusto es, si se entiende, la palabra sin inútiles rigores ideológicos, un revolucionario; Marco, evidentemente, no. Aquí el discurso sobre la subjetividad de Marco puede tener sentido. Él es el hijo de la paz que termina, no de la guerra que termina; ante él y en torno a él se halla un mundo que se debe vivir como un deber, no hay demasiada esperanza, porque antes de él no había habido demasiada desesperación.

Tampoco es morbosidad decadente, como también se ha dicho, la complacencia filosófica de hablar consigo mismo. Nosotros sabemos bien, por el contrario, que Marco era muy sociable, y ciertamente hablaba mucho con sus compañeros de corte, de armas, de gobierno, con sus familiares, con los amigos, con los filósofos y los escritores a los que frecuentaba cuando joven y también en su madurez. Y en su filosofía de la vida la sociabilidad ocupa una parte esencial. Su soledad no es ni buscada como necesidad ni evitada con desesperación: su melancolía es realmente filosófica, es decir, es humana y cósmica al mismo tiempo; no tiene, tal vez, nada de destructiva. Es simplemente una condición obvia para quien es emperador, es decir, para quien está expuesto a la condición humana común más inexorablemente que cualquier otro hombre. En cierto sentido, ahora, el emperador debe necesariamente ser filósofo, porque su posición es única; ninguno, como él, aún en una época en que mucho se leía a los filósofos y mucho se filosofaba, entre la gente culta, tenía el deber absoluto de ser del todo presente a sí mismo.

Se ha dicho con bastante justicia que la filosofía de Marco es la forma de su vivir y gobernar, no el contenido. Es su modo de afrontar los problemas, desde los más grandes a los más pequeños, desde la defensa del dominio romano a las relaciones con un amigo o un pariente. Porque esta "filosofía" es arte de vivir y de actuar, es sabiduría más que ciencia, al menos en el sentido de que para Marco no existe el problema de originalidad científica, de reflexión sobre los últimos principios; él la acepta bastante tranquilamente de sus maestros, y en este sentido pertenece a la "escuela" estoica, como suele decirse, o estoico-platónica. En todo caso, no es éste el lugar para tratar de definir los lineamientos de la cosmología o de la teodicea o de la ética de la filosofía greco-romana del siglo II. Ello ya ha sido hecho, muchas veces, en forma excelente. Por otra parte, los *Recuerdos* son un libro bastante único, y valen mucho más que como "etapa" de un proceso de pensamiento y de cultura; valen por lo que son, como libro de reflexiones y de apuntes del hombre que, desde 161 a 180, se halló primero con la compañía nada fácil de Lucio Vero, luego (febrero de 169) solo, a la cabeza de un imperio como el romano. La conexión entre Marco el Filósofo y Marco el Emperador, entonces, es mucho más que simplemente biográfica, así como no es mecánica la conexión entre "normas filosóficas" y "aplicación a la práctica".

En los *Recuerdos* se refleja la vida y la actividad de Marco, pero se refleja , por así decir, lo interior; ellos son el espejo cóncavo en cuyo foco se hallan juntos él y el otro interlocutor absoluto con el que Marco debe hablar, Dios.

Los años de reinado

A diferencia de Antonino, Marco tuvo, como emperador, difíciles y graves problemas de gobierno. Debió defender los confines del Imperio de una amenaza conocida, pero que entonces se presentaba por primera vez en una nueva forma, una amenaza del gran porvenir: los pueblos germanos y sarmáticos de allende el Danubio. También el límite oriental, asiático, planteó para él en los primeros años de su reinado compartido con Lucio Vero, un grave problema: el imperio tártaro retomaba, luego de muchísimos años, la ofensiva, y con éxito. Más tarde, también de oriente, como consecuencia de las grandes victorias romanas y de la restablecida paz sobre nuevas, mejoradas bases, llegó a Marco el problema tal vez más desagradable y amargo de su vida de emperador: la tentativa de usurpación de Avidio Casio; de Oriente, tal vez de Egipto, provino la tremenda plaga de la peste, que asoló al mundo romano dejándole una marca decisiva (la mortalidad fue altísima). Así, Marco debió pasar gran parte de su vida de emperador alejado de Roma, en la tienda de general en jefe, contra los germanos, o viajar a Oriente luego de la traición de Avidio Casio, para restablecer el orden en aquellas provincias antes de volver para siempre a Roma. El primero y el segundo libro de los *Recuerdos* están subtitulados: "Junto a los Cuados, a la orilla del Gran"; "En Carnunto". Si bien poco y nada se puede decir acerca de los modos y los tiempos de composición, es obvio que la obra se remonta a la época de las guerras germánica y sarmáticas. La imagen de Marco que solo, de noche, cerrado en la tienda pretoria, perdido en la soledad del bosque bohemio busca su lugar humano en el destino universal, sus recuerdos de educación, y se prepara a la muerte, es un lugar común (y como todos los lugares comunes, es en algún sentido verdadero).

La filosofía, las reflexiones de Marco, son entonces el sentido y el fruto de una vida intensísima. La ocasión histórica le ofreció a él, educado para afrontar con rigor y perseverancia toda eventualidad de trabajo y de acción, la posibilidad de ponerse a prueba integralmente. Marco no tuvo oportunidad de realizar admirables y valerosas tareas, fantasear, estudiar proposiciones. Cada día, prácticamente desde el comienzo de su gobierno, pudo medir con un metro concreto el valor de la educación recibida en su niñez y en su adolescencia, la frecuentación de los retóricos bien intencionados y patrióticos como Frontón y, luego, desde los veinticinco años (cuando, como se relata, realizó la gran elección entre la retórica y la filosofía en favor de esta última, siempre preferida) el conocimiento de los libros y los hombres filósofos. Pero luego ni siquiera tanto los libros: "Todo lo que soy se reduce a esto: la carne, el aliento, la guía interior (*sarkía, pneumática, hegemonikón*). Renuncia a los libros, no te dejes distraer, ya no te está permitido; pero ante la idea de que estás moribundo, desprecia la carne..." (11,2). En Marco percibimos muy bien ese sentido vivo del filosofar cotidiano, que en las grandes y en las pequeñas obras "escritas" de los filósofos individualiza sobre todo las enseñanzas maestras y recoge las máximas útiles, y luego se abandona a la severa responsabilidad de la meditación personal. Un filosofar, entonces, que no es "cultura", sino sobre todo y ante todo "ejercicio" (*áskesis*), vida; el filosofar socrático, por el cual la palabra hablada es superior a la escrita. En esta concepción los libros pueden ser, en el límite, ocasión de vana curiosidad y distracción de los problemas fundamentales. Cuando el momento más alto de la jornada terrena es identificado con el del examen de conciencia, es evidente que

haber aprendido o experimentado en los libros, hombres, países, pensamientos, bellezas lejanas y desinteresadas, ciencias peregrinas, corre el riesgo de parecer un lujo inútil y perturbador. La cultura, en este sentido, se torna vanidad: si, en efecto, los metros con los cuales todo se mide son por un lado la real justeza de comportamiento en la sociedad humana frente a los deberes y a las ocasiones de hacer el bien y el mal, y por la otra, aquel momento de verdad supremo e irrenunciable que es la muerte, resulta claro que el 'saber' tiende a asumir ese peligroso carácter de "erudición" que ya siete siglos antes, en un contexto para nosotros en verdad no demasiado claro, Heráclito había denunciado: "La erudición (*polymathíe*) no enseña a tener inteligencia . . ." La filosofía de Marco, que es la de la tradición estoico-cínica, de inspiración, en ello, socrática, pone a un lado a la lógica y a la cosmología como tales, y centra todo en la ética, y de la ética hace una experiencia cotidiana y al mismo tiempo el metro con el que evalúa el arco entero de la existencia. En la concentración del examen nocturno de conciencia se precisan cada día los confines del problema dentro del cual el alma, y por lo tanto la responsabilidad individual, actúa, el Cosmos, Dios, la voluntad divina, la esencia mortal del cuerpo, la inmortalidad del alma o, al contrario, la mortalidad (sobre esto Marco no decide y se limita a servirse de la incertidumbre justamente para asegurarse a sí mismo en cuanto a la muerte: si el alma es inmortal o mortal, si el mundo es naturaleza o átomos, el resultado es el mismo; la muerte no nos pertenece y representa un fin naturalísimo, el más natural, obvio, normal de las cosas . . .). En este sentido, la cosmología estoica sirve a Marco como punto de referencia última para la experiencia cotidiana. Pero como dijéramos, en esto no es original, antes bien, es fiel a los maestros, y en particular al más grande de su siglo, Epicteto, bien conocido por Marco.

La ocasión de medir sus propias capacidades no le fue dada a Marco sólo por las circunstancias extraordinarias creadas por los movimientos bárbaros en el noreste. v por el ataque de Vologese III en oriente, sino por la cotidiana y pacífica obra de gobernador-legislador, afrontada por él con especial entusiasmo. Se nos ha propuesto ver en ello el real e indiscutible punto de encuentro entre Marco el Filósofo y Marco el Emperador. Se ha recordado que poseemos más de trescientas noticias concernientes a la actividad legislativa de Marco, y que en esta masa de testimonios que evidentemente sólo reflejan una parte, y ni siquiera importante, de toda la actividad del emperador en este campo, más de la mitad consiste en providencias relativas a las mujeres, los niños y los esclavos. Se ha llevado adelante el análisis de esta legislación hasta el punto de sostener que a través de la actividad de Marco los principios estoicos, penetrados de humanitarismo y de espíritu de igualdad y libertad, hallaron sanción oficial a nivel legislativo, de manera que desde aquel momento el derecho romano ha evolucionado en el sentido que lo distingue como creación de valor universal. Indudablemente, el análisis de la legislación de Marco en materia de manumisión, sucesión, tutela, y también de obligaciones, jurisdicciones criminales, de finanza, de derecho público, demuestra no sólo una atención particular para con problemas de gran importancia no siempre aparente (lo que podíamos esperar, considerando la altura alcanzada ya por la tradición legislativa imperial, a la que Marco se adecua sin más), sino también una particular impronta "estoica", es decir, una concepción moral rigurosa, pero respetuosa, tendiente a encontrar un punto de conciliación eficaz entre conservación e innovación, en favor de derechos individuales cada vez mejor determinados. Pero, tampoco aquí es el caso de incluir en un esquema al hombre complejo y a su múltiple actividad. Si, en efecto, no hallamos referencias a la "política" en sentido estricto (a la actividad de gobierno, de guerra, de paz), en los *Recuerdos* tampoco hallamos referencias al "derecho" en sentido estricto. La aparente evasividad de los *Recuerdos* concierne a todo el campo de la obra de Marco; como hemos dicho, la relación concreta entre filósofo y emperador no se halla en particulares detalles, sino en la unidad profunda del modo de ser y de comportarse, es un estilo de vida que, de por sí, evocaba necesariamente la reflexión, el recogimiento, la teorización.

"La corte madrastra y la madre filosofía"

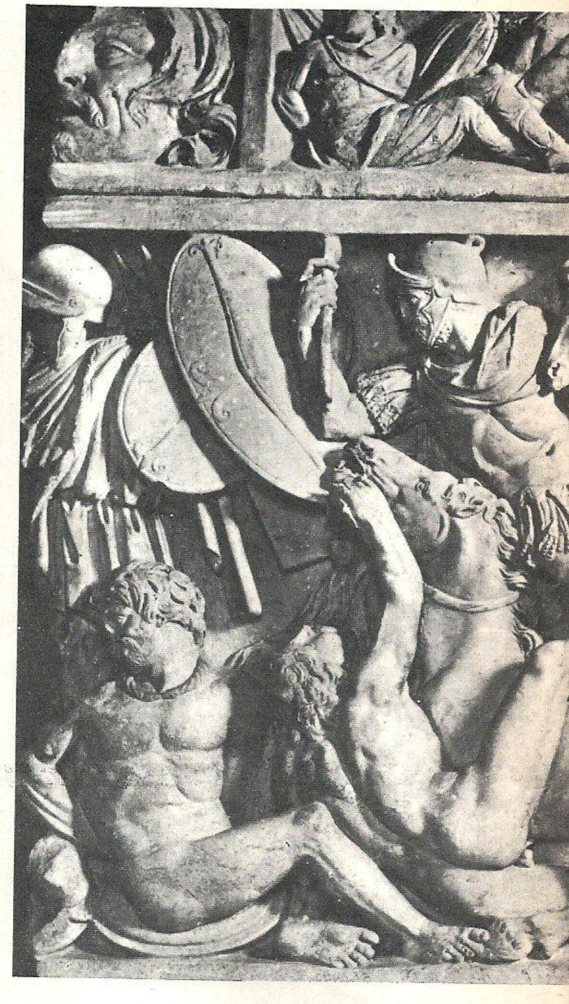
Si bién no se halla contraste, en Marco, entre el ejercicio político y el filosófico, no se debe negar que él, al volver con el pensamiento sobre su propia vida, no hallara al menos la nostalgia de una posible elección negada. "Si tú tuvieras al mismo tiempo una madrastra y una madre, absolverías tus deberes para con la primera pero ciertamente le dedicarías incesantes visitas a tu madre. Para ti, en este momento, ocurre lo mismo con respecto a la corte y a la filosofía. Vuelve a ésta frecuentemente, descansa en ella, ya que es ésta la que hace que tu vida sea soportable en la corte, y que te hace a ti soportable a los demás" (VI, 12). Resulta difícil decir si debemos entender aquí un momento particular y limitado de amargura, o si más bien la "corte" como lugar de gobierno, no se debe ver aquí como lugar de vida mundana, de contactos sociales. De todos modos es notable que Marco no se preocupe sólo de los beneficios que le reporta a sí mismo, en la multiplicidad de los deberes a menudo desagradables, la confortación de la filosofía, sino también el hecho de que al hacerlo feliz, la filosofía lo convierte en grato al prójimo. La misma, por lo tanto, no sólo lo mejora interiormente sino que lo mejora para los demás; y no únicamente en la substancia de los deberes cumplidos, sino en lo episódico y social de las relaciones humanas. Los *Recuerdos* están colmados de alusiones a la frecuentemente desagradable realidad del mundo humano en el que Marco se halla sumergido. La insistencia sobre este tema, como en otro nivel y con otra importancia sobre el de la muerte, parece indicar que él tenía allí un verdadero problema sin resolver. Su naturaleza parece dividida entre una sociabilidad instintiva, temperamental, y una filosófica, impuesta. La primera tiende a ceder algunas veces. Los cortesanos son siempre cortesanos, y en este sentido la corte es una madrastra; pero saber vivir también con los cortesanos, con todos, aún con personas físicamente desagradables (ver el realista V, 2), es un deber esencial. Naturalmente, no en una pasividad o en una indiferencia culpable e insensata. Uno de los temas de la meditación de Marco es que los hombres, de ser posible, deben ser educados: o educados o soportados. Inútil lamentarse por los errores y los defectos ajenos, o reaccionar con una misantropía ilógica. O se es capaz de tolerar, o se debe intervenir razonando, corrigiendo, adiestrando. Aún si, en cuanto a sí mismo, Marco considera necesario ser "derechos, no enderezados": es necesario que la virtud sea natural.

Conviene reflexionar una vez más sôbre la posición realmente singular del emperador en la sociedad que lo circunda. La misantropía, el fastidio del prójimo tonto, desagrable, mezquino o simplemente inútil, para un privado podía significar una condena personal al aislamiento; para el príncipe era la antecámara de la acusación de tiranía, de la fama de orgulloso solitario y rebelde. Tiberio debía haber sufrido esta misantropía; la oficiosidad y la adulación de los senadores, la corte como realidad social y mundana, le provocaban náusea. También Adriano, si bien en forma menor y distinta de Tiberio, sobre todo en el último período de su vida, había debido sentir sobre sí el fortalecerse de la sospecha y la antipatía de una sociedad de la cual se apartaba en seguimiento de sus sueños de cultura y de belleza, al sentirse, como realmente debía ocurrir, excepcional entre la mediocridad general, aun bien intencionada y eficiente, de la aristocracia romana. Fue un círculo vicioso fatal; Adriano, atormentado sobre todo por males nerviosos y físicos, había terminado por asumir, en los últimos tiempos, un comportamiento tiránico y temible. Su aislamiento en la Villa Adriana preocupaba a sus nobles romanos. Luego de su muerte, el heredero Antonino Pío, si bien plenamente aceptado como príncipe por los senadores a cuya corporación pertenecía, debió esforzarse por obtener —acto debido y por él sinceramente sentido— la divinización ritual del gran Adriano. No era sim-



1

1. Detalle de la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Roma, Plaza del Capitolio



1. Estatua juvenil de Marco Aurelio. Segunda mitad del siglo II. Alejandría, Egipto, Museo greco-romano

2. Sarcófago con batallas entre griegos y galatos. Alrededor de 170, Roma, Museo Capitolino

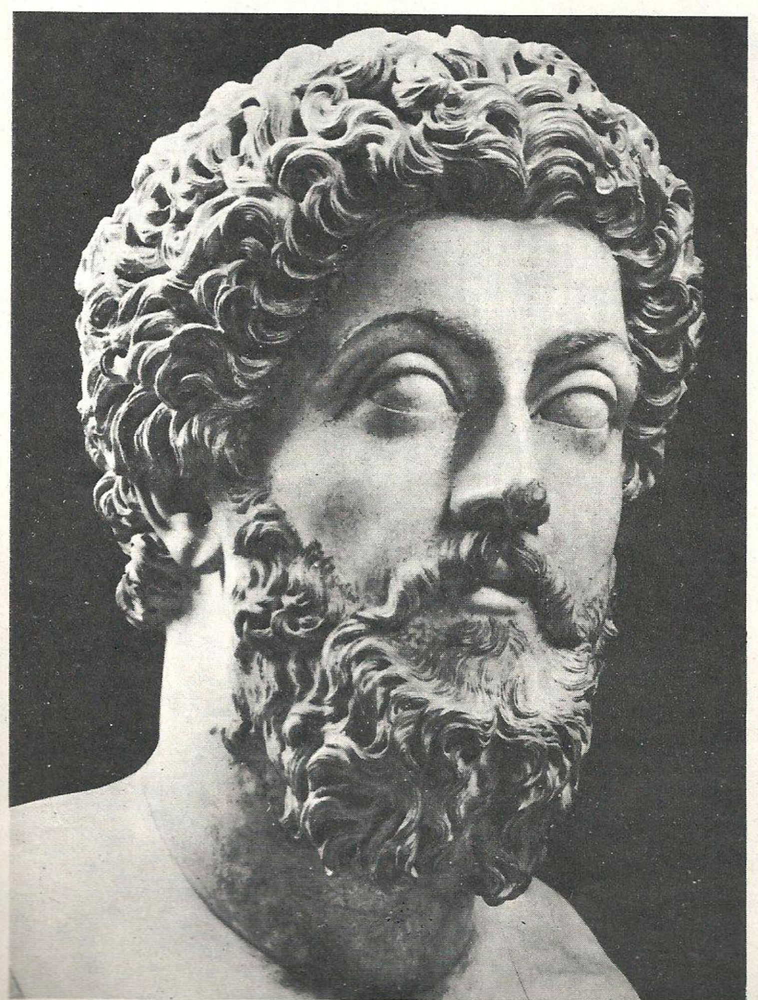
3, 4. Bustos de Marco Aurelio y Lucio Vero, hallados en Acqua Traversa en vía Cassia en Roma, París, Museo del Louvre,

En las páginas 462-463

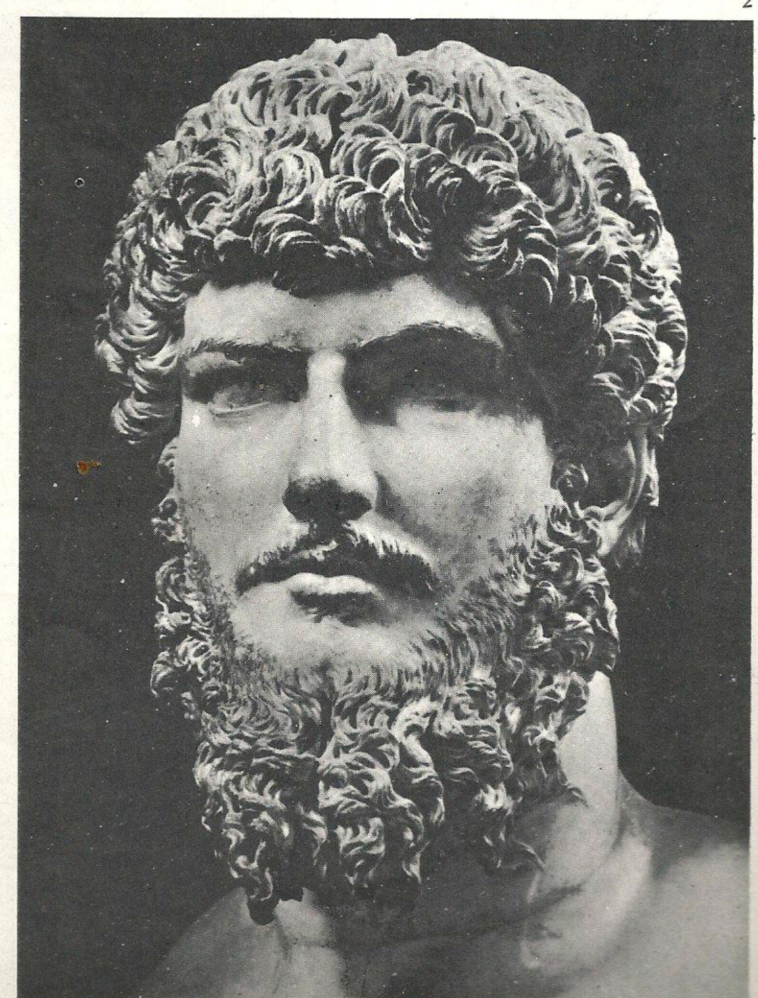
1. Sarcófago con escena de combate entre romanos y bárbaros, referible a las guerras germánicas de Marco Aurelio. Último cuarto del siglo II Roma, Museo nacional romano

1

2



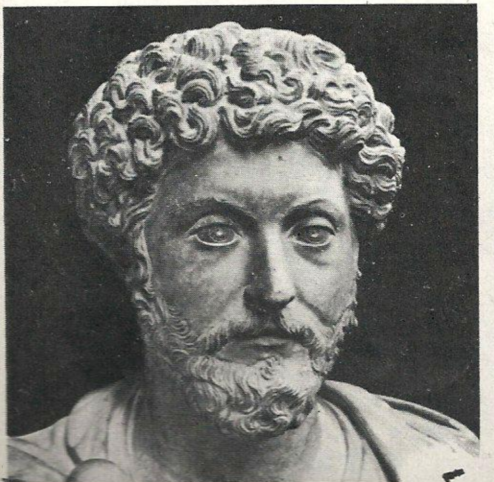
3



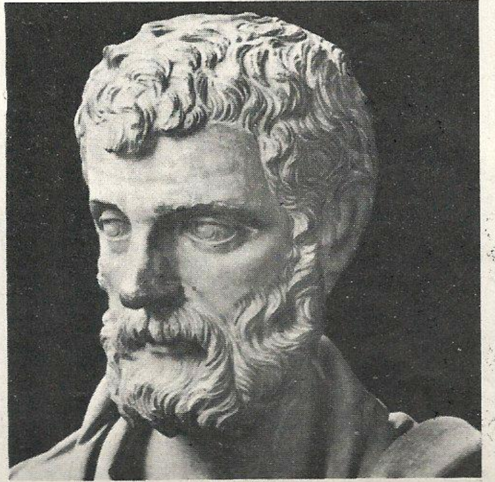
4



1



2



3

ple, para un príncipe, tener siquiera una psicología y un carácter propios. Se debía mantener dentro de los límites de un comportamiento que al mismo tiempo no ofendiera la dignidad y la tradicional sociabilidad senatorial, pero que de ninguna manera desembocara en una igualmente mal vista y despreciada familiaridad fácil y franca. El punto de equilibrio entre igualdad y supremacía no era fácil de lograr entre príncipe y aristocracia. Desde este punto de vista, resultaba favorable estar plenamente preparado para encontrar recelos, incomprensiones y también aversiones, para un príncipe que tuviera intenciones de realizar tal equilibrio.

En efecto, siempre resulta difícil lograr una relación feliz cuando se tiene demasiada conciencia de su necesidad y de sus modos. El sentido de este punto de equilibrio fue expresado por Marco en un dicho que conquistó celebridad, y en el cual se halla verdaderamente todo su ser, su seriedad, su afabilidad, su noble angustia: "Ni actor, ni trágico, ni prostituta".

Pero la conducta del príncipe era difícil en la corte; aun en una corte a su modo filosófica como la de Marco, y anteriormente la de Antonino, donde justamente el joven Marco había encontrado a sus maestros de retórica y de filosofía. Una corte imperial es siempre una corte imperial; y Marco no escapó a los aspectos más desagradables, y eventualmente estúpidos, de una realidad tal; como las murmuraciones acerca de la mujer, Faustina (escasamente compatibles, por otra parte, con la realidad de once hijos que le ofreciera al marido príncipe). Pero hemos visto que el eco de estas pequeñeces aún resonaban en la época de Juliano, ya que frente a los dioses Marco debió excusarse por haber divinizado a la consorte difunta. Murmuraciones que alcanzaron el punto, al menos en la tradición chisme-biográfica recogida en la *Historia Augusta*, de atribuirle a la esposa de Marco el plan de complotar con Avidio Casio, ofreciéndose a él como esposa si la insurrección, la usurpación y el asesinato del príncipe legítimo se conseguían.

Lo cierto es que si algo poco correcto ocurrió realmente en las estancias imperiales y si esta incorrección traspasó directamente a la política, Marco jamás dejó filtrar nada de ello. Su afecto por su esposa permaneció inmutable.

Pero aparte de las murmuraciones y las intrigas políticas, verdaderas o supuestas, que de por sí podían convertir a la corte en una madre respetada pero no amada por Marco, el ejercicio mismo del gobierno, el contacto con los responsables de la administración, de la justicia, del Estado en una palabra, no debían carecer de sutiles complicaciones. Y Marco lo sabía; con su modo irónico y filosófico meditaba acerca de ello, transportando mentalmente la escena al fondo austero del momento final: "Nadie es lo suficientemente amado por el destino como

4

1. *Tumba de Annia Regilla, esposa de Herodes Ático. Roma, via Appia Antigua*

2. *Busto de Marco Aurelio, hallado en Probalinthos, en Ática. París, Museo del Louvre*

3. *Busto de Herodes Ático, hallado en Probalinthos, Ática. París, Museo del Louvre*

4. *Apoteosis de Marco Aurelio. Relieve hallado en Éfeso, Asia Menor, y ahora en Viena, que forma parte de un monumento erigido en 165 para celebrar la victoria de Marco Aurelio sobre los partos. Foto del calco*

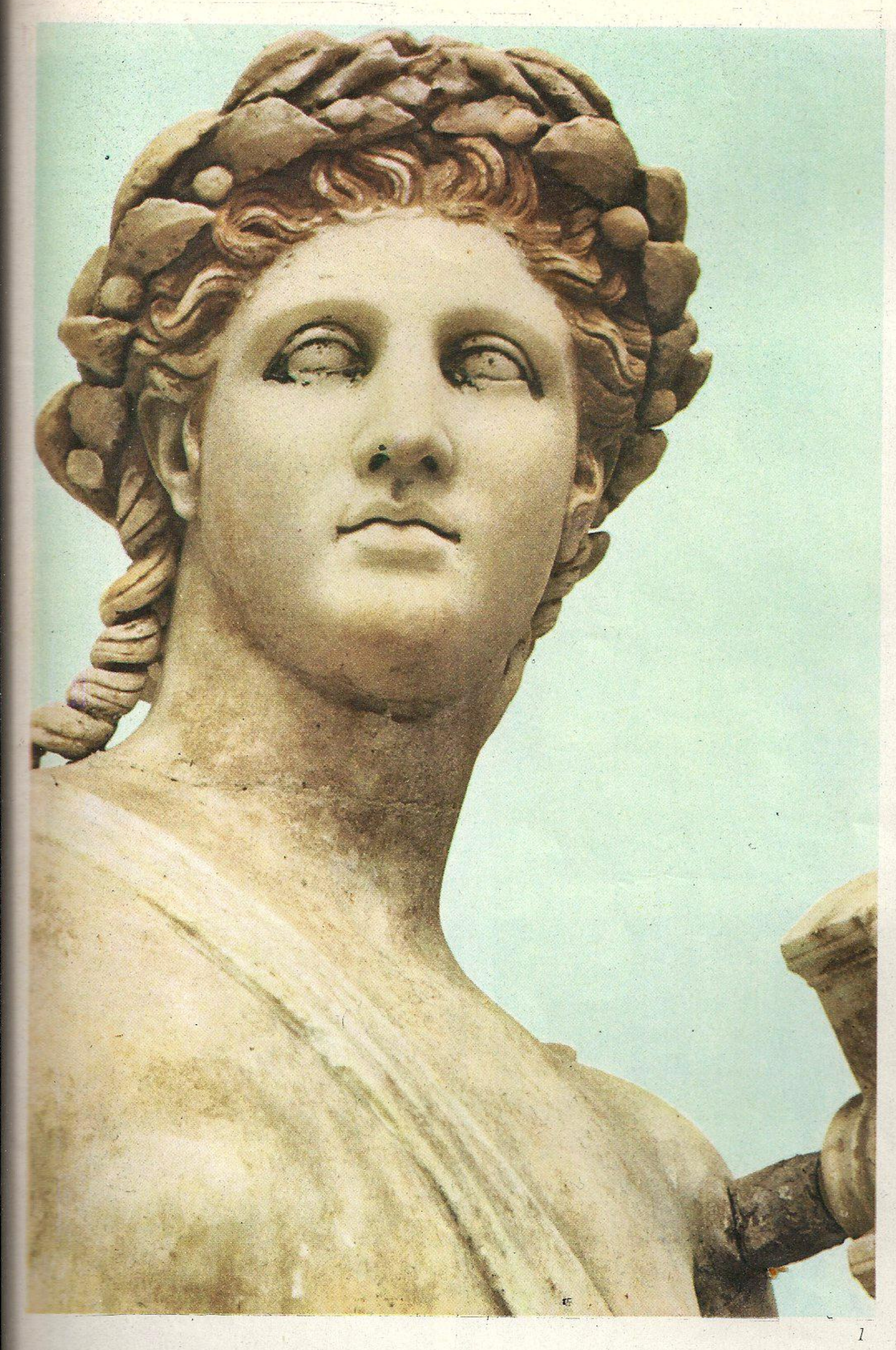
5, 6. *Relieves con representaciones de Victorias. Mitad del siglo II. Cartago, Museo Lavigerie. Foto de los calcos*



5



6



1

1. Detalle de una estatua de Apolo. Sigio II. Museo de Trípoli

2. El ágora de Esmirna en Asia Menor.

para que no se halle rodeado, en el momento de morir, por alguno que salude con alegría al triste evento. Él era consciente y sabio; en el último instante se hallará ciertamente alguno que se diga a sí mismo: 'Finalmente, este pedante nos dejará respirar. En verdad, no se comportó mal con ninguno de nosotros; pero yo sentía que, en silencio, nos condenaba'. Esto es lo que se dirá el hombre consciente. Por otra parte, ¿cuántas otras razones hay en nosotros para que algunos deseen nuestra desaparición? Tu pensarás en esto, al morir, y tu partida se verá facilitada por esta reflexión: 'Esta es la vida que dejo; hasta mis colaboradores, que me costaron tantas luchas, plegarias, preocupaciones, son los primeros en desear que me vaya, esperando obtener de ello algún beneficio'. ¿Se puede desear, entonces, prolongar nuestra permanencia aquí abajo? Sin embargo, para con ellos no nutráis jamás otros sentimientos que los de benevolencia, y antes bien conservad vuestra amistad con ellos, vuestra benevolencia, vuestra serenidad . . .". Es justamente la sutil amargura, la ironía consciente de la reflexión la que nos garantiza la sinceridad del propósito final. Marco sabe bien como son las cosas; sabe que está solo frente a sus colaboradores; sabe que todo lo que ha hecho por ellos, y con ellos, su arte de convivir, de trabajar, de hacer trabajar, de compensar, de mediar —la tarea cotidiana del gobernante—, no ha podido hacer más que agregarle a la gratitud una desagradable resonancia de fastidio. Su soledad está confirmada, más que negada, por la colaboración en el trabajo y por el trabajo común. La realidad de las relaciones habrá sido siempre más, por parte del príncipe, un dar que un recibir; y justamente el dar obliga y el estar obligado, fastidia. Por otra parte, él se debía conocer igualmente bien a sí mismo, así como su propia imagen ante los otros, o por lo menos tenía suficiente fantasía y humanidad para imaginársela. Habrá utilizado el silencio como condena; habrá entendido bien cuando el silencio como reacción a su silencio imperial estaba cargado de mudas respuestas resentidas. Este pensamiento evoca espléndidamente una escena de vida cotidiana en el ministerio imperial; pero debe tenerse en cuenta la perspectiva en la que se proyecta la escena: es la del lecho de muerte del príncipe, con el último diálogo mudo de cosas calladas, de resignada sabiduría que el hombre muriente se lleva consigo, cuyo ojo ve, con claridad absoluta, la verdad detrás de los rostros tristes de los presentes. Es el pensamiento de la muerte el que, Marco, pone en funcionamiento, el mecanismo de la meditación más verdadera, más elevada y también más "simpática"; es su *verdadero pensamiento*; y en ello su ser es la última expresión de la gran meditación pagana, la que comienza y en cierto sentido se concluye, perpetuándose casi en estática eternidad, con el *Fedón* platónico. En verdad, no podemos estar



2

seguros de que un hombre tal, con tales preocupaciones, aun con su cuidado en ser dulce y sociable, lograra siempre ser simpático, pudiera ser comprendido por todos. En realidad, tal vez tenía razón al sospechar que alguno suspiraría aliviado ante su muerte, si es cierto que entre los motes que se ganara fue bastante célebre y difundido, aquel de "viejecita filosofante".

Un ánimo atormentado

La muerte vino en un momento que no fue para Marco una experiencia normal, sobre la cual reflexionar el obvio problema de todo individuo, para el cual nacieron tantas, tal vez todas las filosofías; se tornó una pesadilla, una realidad aterradora y desbordante, la "diva severa". También la guerra, si bien difícil y larga como la que Marco debió conducir en varias oportunidades, personalmente, por más de una década, podía ser considerada una experiencia normal de vida y de muerte. En aquella época, ya la guerra no era amada por ninguno, pero ciertamente era una realidad previsible y obvia. Lo que aterró en la época de Marco no fue que se debiera hacer una larga guerra a los bárbaros, sino que esta guerra se presentó en un comienzo con el amenazante aspecto de la invasión, ya que desde el 102 a. C. ningún bárbaro había puesto su pie en Italia, como en cambio lo hicieron las avanzadas marcománicas y cuádicas, tal vez en 167, destruyendo Oderso y asediando a Aquileya. En la guerra, el matar era un deber normal, y un buen comandante como Marco no podía dejar de estar contento si sus legiones mataban tantos bárbaros como era posible, aún cuando deseó ser y lo fue, benigno en las tratativas, tratando siempre de convertir la guerra de combativa en diplomática. Pero la peste era otra cosa; en ella se anidaba el peligro de pánico popular, de la turbación; la insidia insólita tocaba las raíces irracionales de la convivencia humana, provocaba cuestiones difíciles de entender y resolver, especialmente religiosas. Veremos cómo afrontó Marco sus deberes religiosos de jefe supremo de la religión romana, y cómo su religiosidad se resintió por las circunstancia trágicas en las que se vio obligado a actuar en momentos anormales. Aparte de esto, leyendo los *Recuerdos* resulta difícil sustraerse a la sensación de que la muerte es un hecho advertido como inminente, directamente incumbente; los años de la composición son, por cierto, los de la mayor expansión de la peste. Y de ella, parece ser, Marco murió. La *Vida* dice que Marco, en el lecho de muerte le dijo a sus amigos: "¿Por qué me lloráis a mí, y no pensáis, antes bien, en la peste y en la muerte común?". Los *Recuerdos*, en cambio, hacen una sola mención, en un contexto del todo especial: "Sería cosa digna de un hombre realmente perfecto si se despidiera de este mundo sin haber sentido jamás el sabor de la mentira, de todas las clases de falsedades, de la flojedad, del orgullo. Pero entregar el alma al menos después de haberse liberado de estos vicios, ¡esta es la maniobra de emergencia del navegante! ¿Preferirías, tal vez, permanecer fiel a tus vicios, y la experiencia no te decidió aún a salvarte de esta peste (loimós)? Peste, en realidad, es la corrupción de la mente, antes que la infección y la alteración del aire respirable que nos rodea. Esta peste, aquí, en realidad, ataca a los seres animales sólo como animales; aquella, a los hombres como hombres". Un pensamiento tal puede parecer también fácil o banal; pero el hecho es que en ese momento cada día morían atrozmente millares y millares de súbditos y ciudadanos del vasto imperio, y en torno a Marco colaboradores, oficiales, soldados, y en suma, toda la humanidad; ya que, después de todo, el imperio y la humanidad coincidían en la perspectiva habitual de un romano. Y todo esto era para Marco no sólo un problema psicológico o moral, sino un dificilísimo problema de gobierno, y por lo mismo una fatiga y una preocupación constantes. Luego, la verificación trágica de la verdad homérica, que los hombres son como las generaciones de las hojas, que en cada estación cambian, caen secas y otras nuevas vuelven a crecer; el viento soplaba ahora fortísimo e implacable. Sin embargo, mientras trataba, por todos los medios posibles, de aplacar a los dioses portadores de tanto flagelo, Marco no dejaba de recordarse a sí mismo que la verdadera muerte es la del alma, no la del cuerpo, ya que éste está destinado a disolverse, mientras que aquélla está relacionada con lo divino.

De su propia alma, por otra parte, no podía sentirse del todo seguro; esperaba poder contar con ella, pero no podía dejar de formularse, tal vez en un momento particularmente difícil, preguntas sin respuestas: "¿Serás tú, alma mía, buena, recta, una, desnuda, más evidente aún que el cuerpo que te cubre? ¿Probarás el sabor de la disposición a hallar todo bueno, a amar todo? ¿Te sentirás alguna vez plena, sin necesidades, sin lamentos, sin deseo de cosa animada o inanimada para gozar, o de otro lugar, o de otra calle, o de un clima más feliz, de una sociedad más armónica? ¿Estarás alguna vez satisfecha de las condiciones presentes, feliz de lo que hoy te sucede? ¿Te persuadirás alguna vez de que todo va bien, y te es enviado por los dioses, y además que todo irá bien, que a ellos les plazca decidir y que envíen en el futuro por la salud del ser perfecto, bueno, justo, bello, que lo genera todo, que todo lo sostiene, rodea y abraza todos los cuerpos en el momento mismo en que los disuelve para producir otros similares? ¿Serás tal que podrás vivir en la ciudad común de los dioses y de los hombres, sin presentar ninguna queja de ellos, ni ser reprochada por ellos?". El sentido particularmente mordaz de estas preguntas sin respuesta deriva del hecho de que las mismas contienen todo el sentido de la filosofía de Marco. Responder no a una sola

1, 2. Detalle del fresco en espiral de la columna de Marco Aurelio en Roma

1

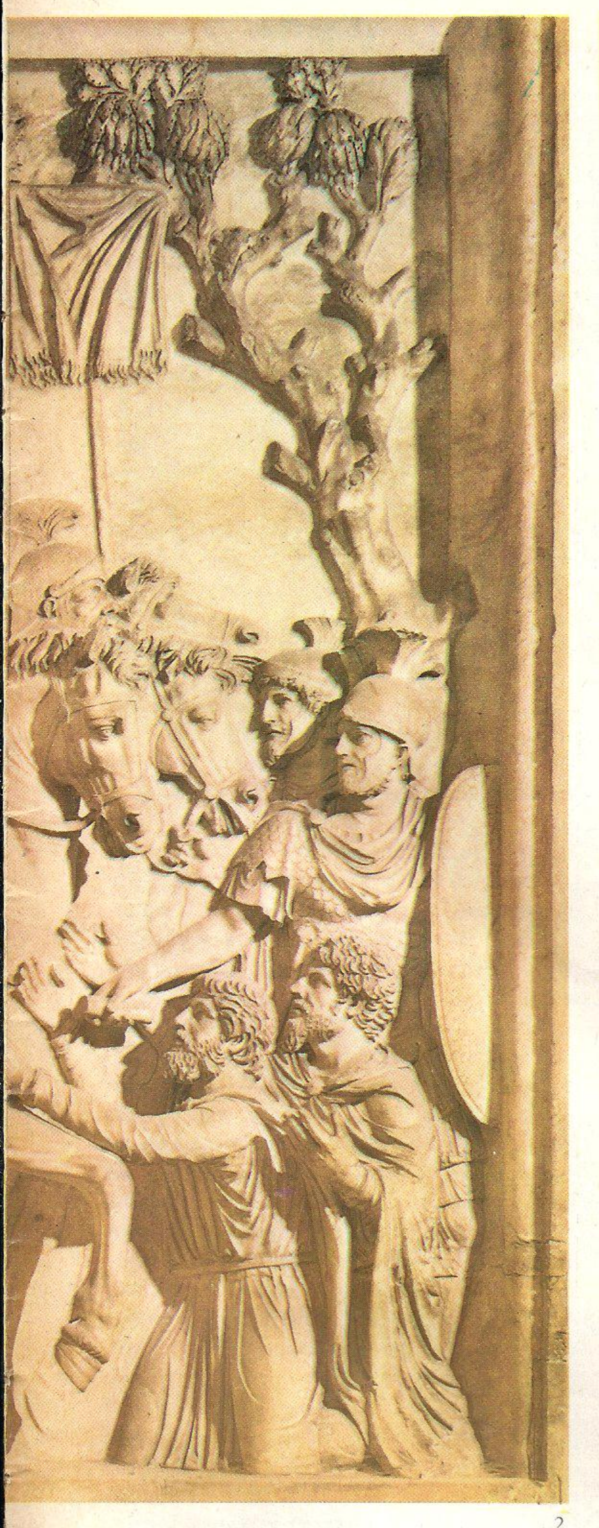
2



1

1. *Triunfo de Marco Aurelio.*

2. *Bárbaros arrodillados ante el emperador.*



2

3

3. Marco Aurelio realizando un sacrificio frente al templo de Júpiter Capitolino. Relieve de un arco erigido en 176 para celebrar al triunfo sobre los germanos y los sármatas. Roma, Palacio de los Conservadores

de esas habría significado responder no a un principio fundamental de toda la concepción. No es sobre detalles que Marco se interroga aquí. Él está fatigado, evidentemente: le pesa no sólo el continuo conflicto interno sino, y esto cuenta, la realidad de la vida que se ve obligado a vivir; le pesan los lugares del viejo guerrero, el aire, el clima, el paraíso; se ha sorprendido deseando hallarse en otro país, y no en el campo de batalla, contra cuados, marcomanos, yacigos, buros, y pueblos similares, en lugares aún todo sin civilizar y romanizar. El clima no es el mediterráneo sino el pesado clima de los bosques nórdicos. En realidad, el filósofo y el emperador ya tienen suficiente; pero esto es pecado, o al menos tentación. Marco deberá resistir, ya sea porque es hombre, ya sea porque es un príncipe, o porque no se puede hacer otra cosa. Y entonces se repite el decálogo de las virtudes (XI, 18). En tanto, se pregunta si logrará ser perfecto como debería; directamente se pregunta si logrará *creer* en los principios mismos de la filosofía en la que cree.

Explorados con atención, los *Recuerdos* revelan el paisaje de un alma más accidentado, quebrado, tortuoso de lo que se piensa a primera vista. Es que todo está bajo control, pero ésta es una virtud filosófica obvia para quien en el mundo antiguo pretendiese mínimamente ser un filósofo verdadero. El abandonarse, el "mostrar sentir la necesidad" es el signo mismo de la imperfección radical, es el signo de la muerte. De la que siempre hay que defenderse, creándose el hábito antes que dominarla intelectual y religiosamente.

Sin embargo, es evidente que si existió un hombre íntimamente imperturbable, ese fue Marco. "No te arrastres en tus acciones, no te enredes en tus conversaciones, no te embaraces en tus imaginaciones; en una palabra, que tu alma no se repliegue sobre sí misma, no se disperse en lo exterior, que las preocupaciones no te absorban. ¿Te asesinan, te despedazan, te persiguen con maldiciones? Y bien, ¿qué hay en ello que embarace tu inteligencia, que le impida permanecer pura, sabia, temperante, justa? Es como si un viandante, al pasar junto a una fuente límpida y dulce, la injuriase; la misma no dejaría de fluir y de ser potable. Si le arroja fango, pronto lo habrá disuelto y no quedará manchada. ¿Cómo, entonces, poseer en ti mismo una fuente perenne?".

La maledicencia, las relaciones difíciles, las amenazas reales de la política y de la intriga, el destino humano de la muerte, la incumbencia de los deberes implacables tanto más cuanto más sentidos; la jornada de Marco está colmada de estas preocupaciones y angustias; su alma está siempre turbada.

El problema religioso

Marco, como filósofo y como emperador, encontró en su camino a los cristianos; y permitió que en las formas debidas, fueran perseguidos, cuándo y dónde era oportuno. En realidad, no los amaba; para ser exactos, los despreciaba, y él mismo explica por qué: "Perfecta es el alma dispuesta, que sabe separarse rápidamente del cuerpo para extinguirse, para dispersarse o para sobrevivir. Pero esta preocupación debe derivar de un juicio personal, no de un espíritu de contradicción, como les ocurre a los cristianos. Debes ser razonable, grave, si deseas que se te crea sincero, sin poses teatrales".

Entre los cristianos, en el recuerdo de Marco pesó siempre la mancha de la muerte de Justino y de sus compañeros en Roma, y sobre todo la destrucción de los cristianos en Galia; el martirologio de la época de Marco es bastante nutrido. La célebre estatua de bronce del Capitolio logró salvarse, en la Roma cristiana medieval, al ser confundida con la estatua de Constantino (*Cabalus Constantini*). Pero aquí no sabemos cómo tocar el delicado problema, jurídico y político, de las persecuciones del siglo II, y del rol, ciertamente importante, que jugara en las mismas Marco, el "mejor y más filósofo" de los emperadores. Los cristianos no constituían sólo un hecho de costumbre desagradable, constituían un problema político; la Iglesia era ya poderosa e importante. La problemática religiosa de la época de Marco se caracteriza, sobre todo, por una suerte de competencia entre religiones, por los grandes temas de la protección del imperio de los bárbaros y de la peste. La única alusión a los cristianos que hallamos en los *Recuerdos* es aquella ya citada, que se refiere como se ha visto a la filosofía de la muerte. Óptimo es estar preparados, el morir serenamente; pésimo, morir gozosamente, casi por contradecir a la vida, para ostentar una impiedad: si los dioses dan la muerte, se la debe aceptar y aun amar, pero si dieron la vida, también se la debe aceptar y amar, como don de los dioses o de la Naturaleza. La filosofía de Marco se funda en la aceptación viril (no en la débil resignación), y es necesario comprender, en este punto, que la gravedad y la compostura que él busca y no encuentra en los cristianos (antes bien, halla lo contrario), no son sólo valores de "forma"; por el contrario, son valores esenciales. Un contemporáneo de Marco, Luciano de Sanosata, bien informado acerca de los cristianos y sus costumbres comunitarias, no vio en ellos más que una forma de charlatanería, prontos a irritarse y a estallar en manifestaciones ridículas, aventureras, de gran embustero, ladrón, explotador y falsario, como por ejemplo las de Proteo-Peregrino, capaz, al fin, de llegar a morir teatral y públicamente con tal de mostrarse como un charlatán sublime. Los cristianos en los que Marco parece pensar, si no son justamente los Peregrinos, se parecen. La muerte de ellos no es filosófica, porque es buscada y ostentada: el sabio pagano busca una sola cosa, el control de sí mismo, y una sola cosa ostenta, la falta de ostentación.

Por otra parte, también a esta difícil y dolorosa situación Marco intentó resolverla como mejor podía, según el sentido del deber de su tradición y de su ambiente. Cómo ocurrió ello concretamente, resulta difícil explicarlo, y no es éste el lugar adecuado; merece mencionarse el comportamiento de Marco como jefe de la religión oficial romana.

También en esto se ha visto un contraste entre "el filósofo" y el "emperador", fundándose en el hecho de que la filosofía de Marco tiene un sentido de lo divino sumamente refinado y puro, y sobre todo una religión ética, mientras que las prácticas y los rituales romanos y no romanos a los que él debía supervisar tenían alguna relación, o podían tenerla, con la "superstición" que los estoicos, y en general, los más elevados filósofos de la gran tradición, condenaban. No se puede negar, en efecto, que haya existido una cierta contradicción; por lo menos, así aparece a nuestros ojos. Tanto más grave porque la presión de la terrible calamidad natural obligó de todos modos a Marco a practicar aún más de lo habitual su función de jefe religioso, recurriendo también a nuevos expedientes. En el curso de los reinados anteriores, las guerras no habían amenazado ni la seguridad ni la tranquilidad del imperio; los sacerdotes ofrecían los sacrificios a los dioses y en las monedas se multiplicaban las efigies divinas, para solicitar la ayuda de los dioses en las campañas militares o para agradecerles luego de las victorias. Sin embargo, el curso normal de la vida religiosa no estaba influido por lo que ocurría en las fronteras; las diversas tendencias religiosas se movían libremente por efecto de las profundas causas sociales, económicas, ideológicas. Bajo el impulso de algún emperador, el Estado elegía sin constricción aquellas divinidades a las que pensaba favorecer. Pero bruscamente, en la época de Marco, una sucesión de invasiones, acompañadas por la terrible epidemia de peste, sacudió a todo el Imperio; el problema religioso se replanteó en forma dramática. También en esto la época de Marco es la época crítica, no aún de crisis propiamente dicha. El emperador logró cumplir con sus funciones; los contrastes surgieron, pero no determinados por la gravedad. Al morir, Marco también pudo pensar, indudablemente, haber cumplido en esto del mejor modo posible su propio deber (tal vez un poco pedante...), y dejar al joven y prometedor Cómodo, ya asociado desde hacía tiempo al imperio, una tarea factible y tranquila, o al menos posible.

En realidad, la religión "filosófica" de Marco no contradecía necesariamente a la religión tradicional. Ciertamente, sus "dioses" no eran los de los plebeyos del Imperio; pero el cumplimiento del deber de pontífice máximo era aun siempre un modo

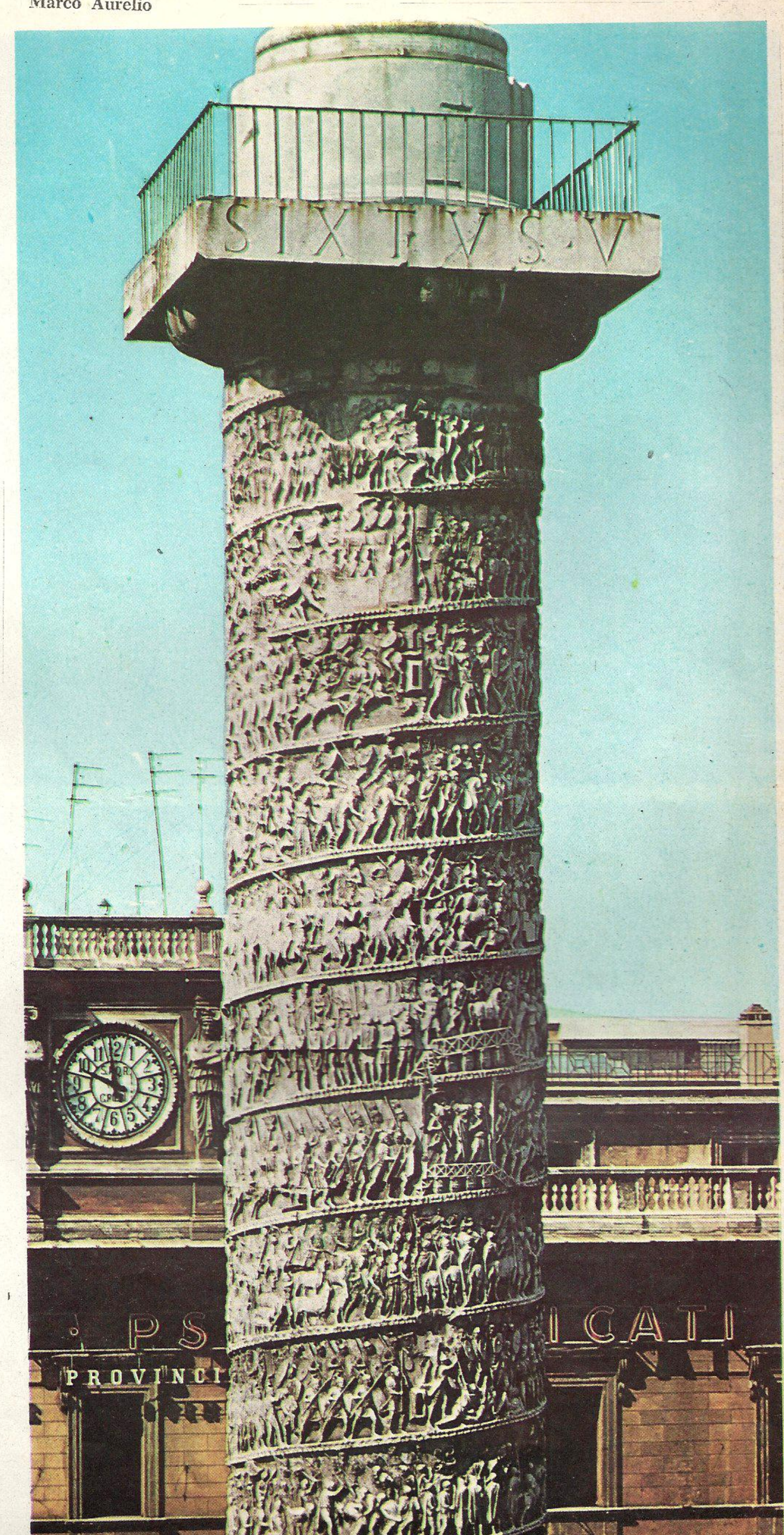
1

2

1, 2. Vistas parciales de la columna de Marco Aurelio

En la página 473

1, 2. Detalles del fresco de la columna de Marco Aurelio



1



de realizar la voluntad divina. Por otra parte, Marco no era, como habitualmente los verdaderos y rigurosos estoicos, un dogmático. En los *Recuerdos* el problema de las relaciones entre filosofía y religión positiva no está tratado; como tampoco está tratado el problema de la relación entre el monismo y el pluralismo divino. La teología de los *Recuerdos*, más bien vaga desde el punto de vista del pensamiento (¡no desde el punto de vista moral!), enseña al hombre que debe respetar a los dioses, debe ser pío, expresar continuamente su reconocimiento, venerarlos, bendecirlos. Y es también un hecho el que no tenemos ninguna prueba de que la religiosidad de Marco, tal como se expresó en la actividad de jefe religioso del Imperio, fuera artificial o poco sentida. Él, por ejemplo, se hizo iniciar en los misterios eleusinos, y probablemente supo darle a esta iniciación algún valor mítico-moral que ya los filósofos habían elaborado. Se puede imaginar fácilmente que Marco, hombre sumamente sensible, que se sentía sumamente solidario y responsable de la colectividad humana como romano, como hombre y como emperador, se haya sentido profundamente golpeado por el ataque bárbaro, y aún más por la peste, en la parte más recóndita de su alma, aquella en la cual el demonio de la tradición religiosa anida, y no sólo entre los paganos; y haya sentido el sincero deseo de reaccionar con la religión, más o menos místicamente entendida, a las desventuras que asolaban a su mundo. "Mi ciudad y mi patria, como Antonino, es Roma; como hombre, es el mundo; por lo tanto, los intereses de esta ciudad son para mí mis únicos bienes" (IV, 44). Una posición tal no podía en ningún caso traducirse en el rechazo de adherir a las formas reales, históricas, de la religión de su tiempo. Marco no era un rebelde; fue considerado un perfecto conservador, y en religión casi un reaccionario. En realidad, él estaba conciliado con su mundo: sacerdotes egipcios, caldeos, griegos, romanos; rituales antiguos y recientes, súplicas, temerosa y confiada acogida de los milagros; todo esto, para él, era imposible rechazarlo, y no habría sido, de todos modos, su obligación buscar más allá de la "ciudad" en la que vivía. En el momento en el que en todo el Imperio una gran cantidad de inscripciones testimoniaban ofertas votivas contra la peste, y la piedad de los humildes se expresaba en sus formas históricas aun vigentes, no habría tenido sentido que reivindicara una posición "personal": cumplió su deber, y lo cumplió, como era habitual, con particular entusiasmo. El objeto de las plegarias, la salvación del imperio del peligro externo y de la epidemia, era particularmente válido; los dioses que escuchaban eran, de todos modos, siempre aquéllos a quienes él hallaba en la soledad del examen de conciencia cotidiano.

Avidio Casio

Resulta interesante ahora leer un documento, cuyo valor es tal vez superior a lo que su probabilísima falsedad material haría sospechar. Mediante el mismo, vemos al gobierno de Marco desde otro punto de vista; el de un hombre que luego de haber sido su fiel y óptimo general, luego de haber obtenido de él el dominio sobre Oriente, a él se rebeló tratando de usurpar el trono: Avidio Casio. La usurpación, en realidad, fracasó inmediatamente. Tenía razón Herodes Ático, que desde su Atenas amada y dominada por la riqueza y el mecenismo, bien consciente de la sólida realidad del reino de su amigo Marco, apenas supo de la usurpación escribió a Avidio: "Te has enloquecido" (y nada más). Pero este documento, aparte del documento que la *Historia Augusta* agrega, y que concluye la *Vida* de Avidio Casio incluida en esa colección, induce a algunas otras consideraciones y permite echar una mirada sobre una realidad ciertamente compleja, como lo fue la del reino de Marco. "Las costumbres de Avidio Casio —dice la *Vida*— fueron, como decimos, siempre variables, pero en general más bien propensas a la censura y a la crueldad; y si él se hubiera convertido en emperador habría sido ciertamente un emperador no sólo clemente y bueno, sino también útil y óptimo [¡ironía!]. En realidad, queda de él una carta que lo revela emperador de este tipo, y reza así: 'Mísero de aquel estado que soporta a esta gente ávida de riquezas y rica. Ciertamente, Marco es un hombre óptimo, que mientras desea ser considerado clemente soporta que vivan personas cuyas vidas él no aprueba. ¿Dónde está Lucio Casio, que en vano lleva nuestro nombre? ¿Dónde Marco Catón el Censor? ¿Dónde toda la disciplina, la tradición de los antepasados? Ciertamente, la misma murió hace tiempo, pero ahora ninguno la llora. Marco Antonino filosofa; realiza investigaciones acerca de los elementos, las almas, lo honesto, lo justo, y no se acuerda del Estado. Yo, [pienso en] estos presidentes de las provincias — pero ¿deberé realmente considerar procónsules y presidentes a esta gente que considera que el senado y Antonino les dieron a ellos las provincias para que se diviertan y se enriquezcan? ¿Tienes noticias tú también de que el prefecto del pretorio de nuestro filósofo, dos días antes de convertirse en tal era un mendigo, pero que luego rápidamente se volvió rico, y ¿de dónde sacó la riqueza, si no de las vísceras del Estado y de los patrimonios provinciales? Pero se arriesgan también: resarcirán el erario público. Que sólo los dioses vengan en ayuda de la parte buena: Casio y los suyos restituirán el principado a la república'. Esta carta indica bien cuál emperador severo y triste hubiera sido". Es conocido que Avidio Casio fue muerto inmediatamente; su cabeza fue enviada a Marco, quien no deseó verla y dio orden de que se la sepultara de inmediato. Él estimaba mucho a Avidio Casio y si un error se había cometido era tal vez el haber subestimado la fuerza con la que el Oriente, una vez pacificado y consolidado contra los partos, habría podido requerir su autonomía y personalidad en el ámbito del Imperio único. Recientemente se ha destacado cómo la tentativa de Avidio Casio parece indicar que la realidad de una distinción entre *pars Orientis* y *pars Occidentis* comenzó así a hacerse sentir. En todo caso, Marco reaccionó con seguridad y benevolencia, con su método habitual; volvió luego a Roma, y luego de conducir una serie de ceremonias religiosas destinadas a conjurar la peste y a favorecer el éxito de la guerra en el norte, volvió a partir hacia la frontera danubiana. Y aquí, casi seguramente cerca de Viena, murió en el 180.

¿Había tenido alguna razón Avidio Casio en las amargas (verdaderas o falsas) palabras que la *Vida* le atribuye? ¿Habrá tenido algún sentido una crítica tal? Preferimos aquí dejar abierto el problema. No a todos, la benevolencia de Marco, su "soportar o corregir", podía parecer un modo excelente de gobernar; habrá habido alguien que tomara medidas contra aquellos colaboradores de Marco que compensaban la benevolencia del filósofo y el "silencioso reproche" del emperador, robándoles a romanos y provinciales. Lograr mantener unida a tanta gente, tantos intereses discordantes, a la madrastra corte y a la madre filosofía, el deber para con todos los súbditos y la diplomacia cotidiana de alto nivel político; ser al mismo tiempo potencialmente un dios y todos los días un *primus inter pares* entre filósofos no siempre claros, nobles no siempre correctos, oficiales no siempre seguros y sin embargo, todos ellos indispensables. Tener un hijo mayor tan bello, fascinante e inteligente, deber dejarle el imperio; pero, ¿estarían todos satisfechos con la elección? Ser emperador, pero "no cesarizarse, porque esto puede suceder . . ."; no temer a la muerte y enfrentarla, pero sin saber lo que sigue luego (¿dispersión, disolución?).

Lo cierto es que, luego de la muerte, junto al culto oficial de Marco Aurelio Antonino, ya Divus, se tornó pronto común la costumbre de venerar la imagen, el recuerdo y la divinidad en las casas privadas. Testimonio indudablemente sincero de que la obra generosa y realista del emperador, de alguna manera había sido entendida. La admiración por el general victorioso y por el hombre de costumbres puras permaneció. Fue ésta, al menos, una compensación póstuma para una vida conducida con tanta fatiga, preocupación, cuidado; los tres actos habían sido, al modo de Augusto, bien recitados.

Y luego alguno, inteligentemente, tuvo el cuidado de recoger las centenares de tabletas enceradas sobre las cuales Marco, en las largas noches de las campañas boreales, había hablado, solo, consigo mismo.

Bibliografía

La bibliografía sobre M. A. es citada y discutida en el excelente y accesible: A. Garzetti, *L'Impero da Tiberio agli Antonini*, Boloña, 1960; ver Ch. G. Starr, *Civilization and Caesars*, Ithaca, 1954. Parco M. A., en la historia de la filosofía greco-romana y de la época imperial, ver el vol 2º de *La Filosofia Antica*, de F. Adorno, Milán, 1965. En cuanto a las cuestiones religiosas (también relaciones con el cristianismo), ver J. Beaujeau, *La réligion romaine a l'apogée de L'Empire*, I, París, 1955.

En español:

Parain Charles, *Marco Aurelio* (Grandes biografías universales, t. 5), Buenos Aires, Occidente. Aymard A. y J. Auboyer, *Roma y su imperio* (Historia general de las civilizaciones, t. 2), Barcelona, Destino. Rostovtzeff M., *Historia social y económica del imperio romano*, 2ª ed., 2 vs., Madrid, Espasa-Calpe.

N° 84 al 80 $ 250.-
N° 79 al 1 $ 300.-